

Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares

Nuevos cuentos de Bustos Domecq

H. Bustos Domecq - 4

Título original: *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*

Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares, 1977.

Ilustración: Sir John Tenniel (1820-1914), para *Alicia en el país de las maravillas*.

Diseño de portada: Viruscat

Editor original: jugaor

Una amistad hasta la muerte

Siempre redundante satisfactoria la visita de un joven amigo. En esta hora preñada de nubarrones, el hombre que no está con la juventud más vale que se quede en el cementerio. Recibí, pues, con la mayor deferencia a Benito Larrea y le sugerí que me efectuara su visita en la lechería de la esquina, cosa de no molestar a mi señora, que baldeaba el patio con creciente mal genio. Nos dimos traslado sin más.

Alguno de ustedes, a lo mejor se acuerda de Larrea. Cuando murió su padre se vio heredero de unos pesitos y del quintón de la familia que el viejo le compró a un turco. Los pesitos los fue gastando en farras, pero sin desprenderse de Las Magnolias, la quinta que decayó a su alrededor, mientras él no salía de la pieza, entregado al mate cocido y a la carpintería como *hobby*. Prefirió la pobreza decorosa a transar un solo momento con la incorrección o con el hampa. Benito, hoy por hoy, frisaría los treinta y ocho abriles. Venimos viejos y ya nadie se salva. Lo vi por demás caidón y no levantó cabeza cuando el patasucia trajo la leche. Como yo pescase al vuelo que andaba atribulado, le recordé que un amigo está siempre listo a poner el hombro.

—¡Don Bustos! —gimió el otro mientras escamoteaba una media luna sin que yo lo notase—. Estoy sumido hasta las orejas y si usted no me tiende su cable soy capaz de cualquier barbaridad.

Pensé que iba a tirarme la manga y me puse en guardia. El asunto que lo traía al joven amigo era todavía más bravo.

—Este año de 1927 me resultó la fecha nefasta —explicó—. Por un lado, la crianza de conejos albinos, auspiciada por un avisito en recuadro como esos de Longobardi, me dejó la quinta hecha un colador, llena de cuevas y de pelusas; por el otro, no acerté un peso en la quiniela ni en el hipódromo. Le soy verdadero, la situación había revestido ribetes alarmantes. En el horizonte asomaban las vacas flacas. En el barrio me negaban el fiado los proveedores. Los amigos de siempre, al divisarme, cambiaban de vereda. Acogotado por todas partes resolví, como corresponde, apelar a la Maffia.

»En el aniversario de la muerte natural de Carlo Morganti me presenté de luto en el palacete de César Capitano, del Bulevar Oroño. Sin aburrir a ese patriarca con el pormenor pecuniario, que fuera del peor gusto, le di a entender que mi desinteresado propósito era aportar una adhesión a la obra que él presidía tan dignamente. Yo temía los ritos de iniciación, de que se habla tanto, pero aquí donde usted me ve, me franquearon las puertas de la Maffia, como si me respaldara el Nuncio. Don César, en un aparte, me confió un secreto que me honra. Me dijo que su situación, por lo sólida, le había granjeado más enemigos que liendres y que a lo mejor le convendría una temporadita en una quinta medio perdida, donde no lo alcanzaran las escopetas. Como no soy afecto a perder oportunidades, a toda velocidad le respondí:

»—Tengo, precisamente, lo que usted busca: mi quinta Las Magnolias. La ubicación es aparente: no está muy lejos que digamos para quien conoce el camino y las vizcacheras descorazonan al forastero. Se la ofrezco a título amistoso y hasta gratuito.

»La última palabra fue el mazazo que la situación requería. Haciendo gala de esa sencillez que es propia de los grandes, don César inquirió:

»—¿Con pensión y todo?

»Para no ser menos le respondí:

»—Usted podrá contar con el cocinero y el peón, como cuenta conmigo, para satisfacer el más inesperado de sus antojos.

»El alma se me fue a los pies. Don César frunció el ceño y me dijo:

»—Qué cocinero ni qué peón. Fiar en usted, un Juan de afuera, es tal vez un dislate, pero ni loco le consiento que meta en el secreto a esos dos, que me pueden vender a Caponsacchi como chatarra.

»La verdad es que no había cocinero ni peón, pero yo le prometí que esa misma noche los ponía de patitas en la calle.

»Arqueado sobre mí el Gran Capo comunicome:

»—Acepto. Mañana, a las veintiuna clavadas, lo espero valija en mano, Rosario Norte. ¡Que crean que me voy a Buenos Aires! Ni una palabra más y retírese; la gente es malpensada.

»El más fulminante de los éxitos coronaba mi plan. Tras un improvisado zapateo, gané la puerta.

»Al otro día invertí buena parte de lo que me prestase el carnicero Kosher en alquilarle el *break* a un vecino. Yo mismo hice las veces de cochero y desde las ocho p.m. revisté en el bar de la estación, no sin asomarme cada tres o cuatro minutos, para verificar si todavía no me habían robado el vehículo. El señor Capitano llegó con tanto atraso que si

quiere tomar el tren lo pierde. No es sólo el hombre de empresa que el Rosario de acción aplaude y recela, sino un pico de oro continuo, que no te deja meter baza. A las cansadas llegamos con el canto del gallo. Un succulento café con leche reanimó al invitado, que presto retomó la palabra. Pocos minutos bastarían para que se revelara como un conocedor infatigable de los más delicados vericuetos del arte de la ópera, singularmente en todo lo que atinge a la carrera de Caruso. Ponderaba sus triunfos en Milán, en Barcelona, en París, en la Opera House de Nueva York, en Egipto y en la Capital Federal. Carente de gramófono, imitaba con voz de trueno a su ídolo en *Rigoletto* y en *Fedora*. Como yo me mostrase un tanto remiso, dada mi escasa versación musical, limitada a Razzano, me convenció alegando que por una sola representación londinense le habían abonado a Caruso trescientas libras esterlinas, y que en los Estados Unidos la Mano Negra le había exigido sumas inmoderadas, bajo amenaza de muerte; sólo la intervención de la Maffia logró impedir que esos malandrines llevaran a buen término su propósito, contrario a la moral.

»Una siestita reparadora, que duró hasta las nueve de la noche, obvió el asunto almuerzo. Poco después Capitano ya estaba en pie, blandiendo tenedor y cuchillo, con la servilleta al cogote y cantando, con menos afinación que volumen, *Cavalleria rusticana*. Una doble ración de pastel de fuente, regada por su fiasco de Chianti, lo entretuvo durante la perorata; arrebatado por la verba, yo casi no probé bocado, pero llegué a compenetrarme de la actuación privada y pública de Caruso, casi como para dar examen. Malgrado el creciente sueño, no perdí una sola palabra, ni pasé por alto este hecho capital: el anfitrión estaba menos atento a las porciones que engullía que al discurso que despachaba. A la una se regresó a mi dormitorio y yo me acomodé en la leñera, que es el otro aposento que no se llueve.

»A la mañana, cuando me espabilé entumecido para revestir mi gorro de cocinero, descubrí justamente que en la despensa raleaban las vituallas. No era milagro: el amigo Kosher, sin embargo de ser lo más proclive a la usura, me previno que no volvería a prestarme un kopek; de mis proveedores de práctica, sólo conseguí Yerba Gato, un mínimo de azúcar y unos restos de cáscaras de naranja, que hicieron las veces de mermelada. Dentro de la más estricta reserva, le confié a uno y a todos que mi quinta hospedaba a un personaje de gran desplazamiento y que en breve no me faltaría el metálico. Mi labia no surtió el menor efecto y hasta llegué a pensar que no me creyesen en cuanto al asilado. Maneglia, el panadero, se propasó y me espetó que ya lo fatigaban mis embustes y que no esperara de su munificencia ni un recorte de miga para el loro. Más afortunado me vi con el almacenero Arruti, a quien importuné hasta arrancarle kilo y medio de harina, lo que me habilitaba para poder capear el almuerzo. No todas son flores para el cristiano que se quiere codear con los que descuellan.

»Cuando volví de la compra, Capitano roncaba a pierna suelta. A mi segundo toque de corneta (reliquia que salvé del remate judicial del Studebaker) el hombre saltó de la cucha con una imprecación y no tardó en absorber ambos tazones de mate cocido y las limaduras de queso. Fue entonces que noté, junto a la puerta, la temida escopeta de dos caños. Usted no me creerá, pero a mí no me agrada por demás vivir en un arsenal que lo carga el diablo.

»Mientras yo echaba mano de una tercera parte de la harina para los ñoquis de su almuerzo, don César no perdió el tiempo que es oro y en una revisada general que no dejó un cajón sin abrir sorprendió una botella de vino blanco, despistada en el taller de carpintería. Ñoqui va, ñoqui viene, agotó la botella y me tuvo boquiabierto con su interpretación personal de Caruso en *Lohengrin*. Tanto comer, beber y perorar le

despertaron el sueño y a las tres y veinte p.m. había ganado la cucha. En el ínterin yo higienizaba el plato y el vaso y gemía con la pregunta ¿qué le voy a servir esta noche? De estas cavilaciones me arrancó un espantoso grito que mientras viva conservaré patente. El hecho superó en horror todas las previsiones. Mi viejo gato Cachafaz había cometido la imprudencia de asomarse a mi dormitorio conforme a su costumbre inveterada y el señor Capitano lo degolló con la tijera de las uñas. Lamenté, como es natural, el deceso, pero en mi fuero interno celebré la valiosa contribución aportada por el barcino al menú de la noche.

»Sorpresa bomba. Engullido el gato, el señor Capitano dejó atrás los temas musicales al uso para darme una prueba de confianza y abocarme a sus proyectos más íntimos, que juzgué improcedentes en grado sumo y que, usted no me creerá, me alarmaron. El plan, de corte napoleónico, no sólo involucraba la supresión, por intermedio de ácido prúsico, del propio Caponsacchi y familia, sino de una porción de compinches a todas luces espectables: Fonghi, el mago de las bombas en mingitorios, el P. Zappi, confesor de los secuestrados, Mauro Morpurgo, alias el Gólgota, Aldo Adobrandi, el Arlequín de la Muerte, todos, quien más, quien menos, caerían a su turno. Por algo me dijo don César, dando un puñetazo que disminuyó la cristalería: “Para los enemigos, ni justicia”. Emitió estas palabras tan enérgicas que cuasi se atoró con un corcho, que manoteó creyendo galleta. Atinó a vociferar:

»—¡Un litro de vino!

»Fue el rayo que ilumina la tiniebla. Administré unas gotas de colorante a un gran vaso de agua que el hombre se zampó entre pecho y espalda y que lo sacó del apuro. El episodio, baladí si se quiere, me tuvo en vela hasta que piaron los pajaritos. ¡Nunca se pensó tanto en una sola noche!

»Disponía de algodón y de naftalina. Con estos ingredientes completé, para la comilona del martes, una fuentada de ñoquis escasany hasta entonces. Día tras día, astutamente incrementé las dosis, en plena impunidad, porque don César inflamábase con Caruso o regodeábase con los planes de su vendetta. Sin embargo nuestro melómano sabía retornar a la tierra. Créame que más de una vez me recriminó bonachón:

»—Lo veo consumido. Aliméntese, sobrealiméntese, caro Larrea. Por lo que más quiera, vigórese. Mi venganza lo necesita.

»Como siempre me perdió la soberbia. Antes que el primer botellero de la mañana berreara su pregón, mi plan ya estaba, en líneas generales, maduro. La suerte quiso que descubriese, en un ejemplar atrasado del *Almanaque del Mensajero*, unos pesitos bien planchados. Me resistí a la tentación de invertirlos en dos cafés con leche completos y me aboqué sin más a la compra de aserrín, de pinotea y de pintura. Incansable en el sótano, fabriqué con tales enseres un pastel de madera, con bisagra, que pesaría más de tres kilos y que artísticamente recubrí de pintura marrón. Una guitarra desafinada, en desuso, me brindó un juego de clavijas, que remaché con sumo buen gusto a remedo de borde.

»Como quien no quiere la cosa presenté ese *capolavoro* a mi protector. Éste, engolosinado, le clavó el diente, que cedió antes que la vianda. Prorrumpió en una sola palabra máscula, se incorporó cuan alto era y me ordenó, ya con la escopeta en la diestra, que rezara mi última Ave María. Usted viera cómo lloré. No sé si por desprecio o por lástima, el Capo consintió en alargar el plazo unas horas y me conminó:

»—Esta noche, a las veinte ante mis propios ojos, usted se traga este pastel sin dejar una miga. Si no lo mato. Ahora está libre. Sé que no le da el cuero para delatarme ni para intentar una fuga.

»Ésta es mi historia, don Bustos. Le pido que me salve.

El caso era en verdad delicado. Inmiscuirme en asuntos de la Maffia era del todo ajeno a mi tarea de escritor; abandonar al joven a su destino requería cierto coraje, pero la más elemental cordura lo aconsejaba. ¡Él mismo había confesado albergar en su quinta de Las Magnolias a un Enemigo Público!

La rrea se cuadró como pudo y partió hacia la muerte. La madera o el plomo. Lo miré sin lástima.

Más allá del bien y del mal

I

Hôtel des Eaux, Aix-les-Bains, 25 de julio de 1924. Querido Avelino:

Te pido que disimules la carencia del membrete oficial. El infrascrito ya es todo un cónsul, en representación del país, en esta adelantada ciudad, meca del termalismo. Igual que no dispongo todavía de papel y sobres reglamentarios, tampoco me entregaron el local, donde flameará la celeste y blanca. En el ínterin me las arreglo como puedo en el Hôtel des Eaux, que ha resultado un fiasco. Detentaba hasta tres estrellas en la guía del año pasado y ahora lo eclipsan establecimientos menos de confianza que bambolleros, que figuran como *palaces*, gracias a la colocación de avisos. El elemento, hablando claro, no ofrece perspectivas halagüeñas para el lancero criollo. El sector mucamas responde tarde y mal a las emergencias de un paladar severo y, en cuanto a la clientela del hotel... Ahorrándote una lista de nombres que no vienen al caso, paso a la palpitante noticia de que por aquí lo que menos falta son viejas, atraídas por la Fata Morgana del agua sulfurosa. Paciencia, hermano.

Monsieur L. Durtain, el patrón, es, no hesito en declararlo, la primera autoridad viviente en la historia de su propio hotel, y no pierde ocasión de lucirla, explayándose con la más variada amplitud. A ratos incursiona en la vida íntima de Clementine, el ama de llaves. Noches hay, te lo juro, que no acabo de conciliar el sueño, de tanto barajar esas patrañas. Cuando por fin me olvido de Clementine, entran a molestarme las ratas, que son la plaga de la hotelería extranjera.

Abordemos tópico más encalmado. Para ubicarte un poco intentaré un brochazo, a grandes rasgos, de la localidad. Ite haciendo a la idea de un largo valle entre dos filas de montañas que, si las comparás con nuestra cordillera de los Andes, no son gran cosa que digamos. Al cacareado Dent du Chat, si lo ponés a la sombra del Aconcagua, tenés que buscarlo con microscopio. Alegran a su modo el tráfico urbano los pequeños ómnibus de los hoteles, atestados de enfermos y de gotosos, que se dan traslado a las termas. En cuanto al edificio de las mismas, el observador más obtuso remarca que constituyen un duplicado reducido de la Estación Constitución, menos imponente, eso sí. En las afueras hay un lago chiquito, pero con pescadores y todo. En el casquete azul, las nubes errabundas tienden a veces cortinados de lluvia. Gracias a las montañas no corre el aire.

Rasgo aflictivo que señalé con las más vivas aprensiones: AUSENCIA GENERAL, POR LO MENOS EN ESTA TEMPORADA, DEL ARGENTINO, ARTRÍTICO O NO. Cuidado que la noticia no se vaya a infiltrar en el ministerio. De saberla me cierran el consulado y quién sabe dónde me despachan.

Sin un compatriota con quien relincharme, no hay modo de matar el tiempo. ¿Dónde topar con un fulano capaz de jugar un truco de dos, aunque para el truco de dos a mí no me agarran? Es inútil. El abismo no tarda en profundizarse, no hay lo que

vulgarmente se llama un tema de conversación y el diálogo decae. El extranjero es un egoísta, que no le interesa más que lo suyo. La gente aquí no te habla sino de los Lagrange, que están al llegar. Te lo digo francamente: a mí ¿qué me importan? Un abrazo a toda la barra de la Confitería del Molino. Tuyo,
Félix Ubalde, el Indio de siempre. **II**

Querido Avelino:

Tu postal me ha traído un poco del calor humano de Buenos Aires. Prometeles a los muchachos que el Indio Ubalde no pierde la esperanza de reintegrarse a la barra querida. Por aquí todo sigue el mismo tranco. Todavía el estómago no termina de tolerar el mate, pero a pesar de todos los inconvenientes que son de prever yo insisto, porque me hice el propósito de matear cada santo día, mientras esté en el extranjero.

Noticias de bulto, ninguna. Salvo que antenoche un alto de valijas y de baúles atrancaba el pasillo. El mismo Poyarré, que es un francés protestador, puso el grito en el cielo, pero se retiró en buen orden cuando le dijeron que toda esa talabartería era de propiedad de los Lagrange o, mejor dicho, Grandvilliers-Lagrange. Cunde el rumor de que se trata de unos señorones de fuste. Poyarré me pasó el dato que la familia de los Grandvilliers es de las más antiguas de Francia, pero que a fines del siglo XVIII, por circunstancias que maldito me incumben, cambió un poco de nombre. Macaco viejo no sube a palo podrido; a mí no me engatusan fácil y me dejo caer con la pregunta de si esta familia, para la que no dieron abasto los dos changadores del hotel, serán de veras tan señorones o simples hijos de emigrantes, que se han llenado los bolsillos. Hay de todo en la viña del Señor.

Un episodio de apariencia banal me resultó reconfortante. Estando en el salón comedor, adosado a mi mesa inveterada, con una mano prendida del cucharón y la otra en la panera, el aprendiz de mozo me sugirió que me diera traslado a una mesita de emergencia, junto a la puerta de vaivén, que el personal, cargado de bandejas, pugna en abrir a las patadas. Por poco me salí de la vaina, pero el diplomático, ya se sabe, debe reprimir los impulsos y opté por acatar con bonhomía esa orden tal vez no refrendada por el *maître d'hôtel*. Desde mi retiro pude observar con toda nitidez cómo la cuadrilla de mozos arrimaba mi mesa a otra más grande y cómo la plana mayor del comedor se doblaba en serviles reverencias ante el arribo de los Lagrange. Mi palabra de caballero que no los tratan como si fueran basura.

Lo primero que acaparé la atención del lancero criollo fueron dos chicas que, por el parecido, son hermanas, salvo que la mayor es pecosita, tirando a colorada, y la menor tiene las mismas facciones, pero en moreno y pálido. De vez en cuando un urso medio fornido, que ha de ser el padre, me echaba su mirada furibunda, como si yo fuera un mirón. No le hice caso y procedí al examen atento de los demás del grupo. Ni bien me sobre el tiempo, te los detallo a todos. Por ahora a la cucha y el último charuto de la jornada.

Un abrazo del Indio. **III**

Querido Avelino:

Ya habrás leído, con sumo Interés, mis referencias en materia Lagrange. Ahora las puedo ampliar. *Inter nos*, el más simpático es el abuelo. Aquí todo el mundo lo llama Monsieur le Baron. Un tipo formidable: vos no darías cinco centavos por él, flaquito, de estatura de monigote y color aceituna, pero con bastón de malaca y sobretudo azul de buena tijera. Tengo de primer agua que ha enviudado y que el nombre de pila es Alexis. Qué le

vamos a hacer.

En edad lo siguen su hijo Gastón y señora. Gastón frisa los cincuenta y tantos años y parece más bien un carnicero coloradote, en estado permanente de vigilancia sobre la señora y las chicas. A la señora no sé por qué la cuida tanto. Otra cosa son las dos hijas. Chantal, la rubia, que yo no me cansaría de mirarla, a no ser por Jacqueline, que a lo mejor le mata el punto. Las chicas son de lo más avispidas y te aseguro que resultan tónicas y el abuelo es una pieza de museo, que mientras te divierte te desasna.

Lo que me trabaja es la duda de si realmente son gente bien. Entendeme: no tengo nada contra el medio pelo, pero tampoco olvido que soy cónsul y que debo guardar, aunque más no sea, las apariencias. Un paso en falso y ya no levanto cabeza. En Buenos Aires no corrés ningún riesgo: el sujeto distinguido se huele a la media cuadra. Aquí, en el extranjero, uno se marea: no sabés cómo habla el guarango y cómo la persona bien.

Te abraza, el Indio. **IV**

Querido Avelino:

El negro nubarrón se disipó. El viernes me arrimé a la portería, como quien no quiere la cosa y, aprovechando el sueño pesado del portero, leí en el memorándum: «9 a.m. Baron G. L. Café con leche y medialunas con manteca». Baron: ¡ile tomando el peso.

Sé que estas noticias, tal vez no truculentas pero jugosas, merecerán también la atención de tu señorita hermana, que se desvive por todo lo alusivo al gran mundo. Prometele, en mi nombre, más material.

Un abrazo del Indio. **V**

Mi querido Avelino:

Para el observador argentino, el roce con la aristocracia más rancia provoca verdadero interés. En este delicado terreno te puedo asegurar que entré por la puerta grande. En el jardín de invierno yo lo estaba iniciando a Poyarré, sin mayor éxito que digamos, en el consumo del mate, cuando aparecieron los Grandvilliers. Con toda naturalidad se sumaron a la mesa, que es larga. Gastón, a punto de emprender un habano, se palpó de bolsillos, para constatar la carencia de fuego. Poyarré trató de adelantárseme, pero este criollo le ganó de mano con un fósforo de madera. Fue entonces que recibí mi primera lección. El aristócrata ni me dio las gracias y procedió con la mayor indiferencia a fumar, guardándose en el paletó, como si no fuéramos nadie, la cigarrera con los Hoyos de Monterrey. Este gesto, que tantos otros confirmarían, fue para mí una revelación. Comprendí en un instante que me hallaba ante un ser de otra especie, de esos que planean muy alto. ¿Cómo ingeniármelas para penetrar en ese mundo de categoría? Imposible detallarte aquí las vicisitudes y los inevitables tropiezos de la campaña que desarrollé con delicadeza y tesón; el hecho es que a las dos horas y media yo estaba pico a pico con la familia. Hay más. Mientras yo departía del modo más correcto y chispeante, diciendo que sí a todo, como un eco, mi retaguardia era muy otra. Sofrenando visajes y pantomimas que me salían del alma, me atuve a la sonrisa enigmática y a la caída de ojos, dirigidas a Chantal, la pecosita, pero que, dada la ubicación de los circunstantes, hicieron blanco en Jacqueline, la de busto menos turgente. Poyarré, con el servilismo que le es propio, consiguió que aceptáramos una vuelta de año; yo, para no ser menos, me sobresalté con el grito de «¡Champagne para todos!», que felizmente el mozo echó a la broma, hasta que media palabra de Gastón le bajó el cogote. Cada botella descorchada fue como una descarga en pleno pecho y al escurrirme a la terraza, con la esperanza de que el aire me reanimara, vi mi

rostro en el espejo, más blanco que el papel de la cuenta. El funcionario argentino tiene que cumplir con su rol y, a los pocos minutos, me reintegré, relativamente repuesto.

Sin más, el Indio. VI

Querido Avelino:

Gran revuelo en todo el hotel. Un caso que pondría en un zapato la perspicacia de un sabueso. Anoche, en la segunda repisa de la *pâtisserie* figuraba, según Clementine y otras autoridades, un frasco mediano, con la calavera y las tibias que anuncian el veneno para las ratas. Esta mañana, a las diez a.m., el frasco se ha hecho humo. El señor Durtain no hesitó en tomar los recaudos que los perfiles de la situación imponían; en un arranque de confianza que no olvidaré fácil, me despachó al trote a la estación ferroviaria, para buscar al vigilante. Cumplí, punto por punto. El gendarme, ni bien llegamos al hotel, procedió a interrogar a medio mundo, hasta las altas horas, con resultado negativo. Conmigo se entretuvo un buen rato y, sin que nadie me soplara, contesté casi todas las preguntas.

No quedó cuarto sin revisar. El mío fue objeto de un examen prolijo, que lo dejó lleno de puchos y colillas. Sólo ese pobre zanahoria de Poyarré, que tendrá sus cuñas, y —por supuesto— los Grandvilliers, no fueron molestados. Tampoco la interrogaron a Clementine, que había denunciado el hurto.

No se habló de otra cosa todo el día que de la Desaparición del Veneno (como algún diario dio en llamar al asunto). Hubo quien se quedó sin comer, por temor de que el tóxico hubiérase infiltrado en el menú. Yo me reduje a repudiar la mayonesa, la tortilla y el sambayón, por ser de color amarillo del matarratas. Portavoces aislados presumieron la preparación de un suicidio, pero tan ominoso pronóstico no se ha cumplido hasta la fecha. Sigo atento la marcha de los sucesos, que pasaré a historiarte en mi próxima.

A más ver, el Indio. VII

Querido Avelino:

El día de ayer, no te exagero, fue toda una novela de peripecias, que pusieron a prueba el temple de su héroe (ya maliciás quién es) con final imprevisto. Empecé por tirarme un lance. Durante el desayuno, de mesa a mesa, las chicas pusieron sobre el tapete el renglón excursiones. Yo aproveché un pitido oportuno de la cafetera, para deslizar el susurro: «Jacqueline, si luego fuéramos al lago...» Aunque me creas embustero, la respuesta fue: «A las doce, en el saloncito de té». A las menos diez yo estaba de facción, anticipando las más rosadas perspectivas y tascando el bigote negro. Por último apareció Jacqueline. Ni un segundo tardamos en escurrirnos al aire libre, donde noté que el eco de nuestros pasos era más bien toda la familia, inclusive Poyarré, que se había colado y nos pisaba, festivamente, los talones. Para el traslado recurrimos al ómnibus del hotel, que me salió más barato. De saber que a orillas del lago hay un restaurant, de lujo para peor, me trago la lengua antes de proponer el paseo. Pero ya era tarde. Acodada a la mesa, empuñando los cubiertos y arrasando con la panera, la aristocracia reclamaba el menú. Poyarré me susurró con el vozarrón: «Felicitaciones, mi pobre amigo. Por chiripa, se salvó del aperitivo». La sugerencia involuntaria no cayó en saco roto. La propia Jacqueline fue la primera en pedir una vuelta general de Bitter de Basques, que no fue la última. Después le tocó el turno a la gastronomía, donde no faltó ni el *foie gras* ni el faisán, pasando por el *fricandeau* y el *filet*, para redondearla con flanes. Empujose tanta comida con el descorche del Bourgogne y del Beaujolais. El café, el Armagnac y los cigarros de hoja rubricaron el ágape. Hasta Gastón, que es un cogotudo, no me escatimó la deferencia y cuando el barón

en persona me pasó, en propia mano, la vinagrera, que resultó vacía, yo hubiera contratado un fotógrafo, para remitir la instantánea a la Confitería del Molino. Me la figuro ya en la vidriera.

A Jacqueline la tuve tentada de la risa, con el cuento de la monja y el papagayo. Acto continuo, con la desazón del galán al que se le terminan los temas, dije lo primero que se me ocurrió: «Jacqueline, ¿si luego fuéramos al lago?». «¿Luego?», dijo ella y me dejó con la boca abierta. «Vamos más pronto que ligero».

Esta vez nadie nos siguió. Estaban como Budas con la comida. Bien solitos los dos, bordeamos la chacota y el *flirt*, dentro del marco impuesto, claro está, por el alto nivel de mi acompañante. El rayo solar pirueteó su fugitivo garabato sobre las aguas de anilina y la naturaleza toda tomó altura para responder al momento. En el redil balaba la oveja, mugía en la montaña la vaca y en la iglesia vecina las campanas rezaban a su modo. Sin embargo, como la formalidad se imponía, me cuadré a lo estoico y volvimos. Una tonificante sorpresa nos aguardaba. En el ínterin, los patronos del restaurant, so pretexto del cierre vespertino, habían conseguido que Poyarré, que ahora repetía como gramófono la palabra «extorsión», abonara la cuenta del total, complementando el pago con el reloj. Convendrás que una jornada como ésta da ganas de vivir.

Hasta la próxima, Félix Ubalde. **VIII**

Querido Avelino:

Mi temporada aquí me está resultando un verdadero viaje de estudio. Sin mayor esfuerzo me aboco a un examen a fondo de esa napa social que, dicho sea de paso, está a punto de agotamiento. Para el observador alertado, estos últimos retoños del feudalismo constituyen un espectáculo que reclama algún interés. Ayer, sin ir más lejos, a la hora del té en el saloncito, Chantal se presentó con una fuentada de panqueques cargados de frambuesas, que ella misma, por deferencia del pastelero, preparara en las propias cocinas del hotel. Jacqueline les sirvió a todos el *five o'clock* y me arrimó una taza. El barón, sin más, inició el ataque a los manjares, copando hasta dos por mano, mientras nos hacía morir de la risa, alternando casos y anécdotas, del color más subido, con una retahíla de burlas a los panqueques de Chantal, que declaró incomibles. Declaró que Chantal era una chambona, que no sabía prepararlos, a lo que Jacqueline le observó que más le valía no hablar de preparaciones, después de lo ocurrido en Marrakesh, donde el gobierno lo salvó como pudo, repatriándolo a Francia en la valija diplomática. Gastón la paró en seco, pontificando que no hay familia a la que le falten casos delictuosos y aun censurables, que es del peor gusto ventilar ante perfectos desconocidos, entre los que embóscase uno de nacionalidad extranjera. Jacqueline retrucole que si al dogo no se le ocurre meter el hocico en el obsequio del barón y caer redondo, Abdul Melek no cuenta el cuento. Por su parte Gastón se limitó a comentar que felizmente en Marrakesh no se practicaba la autopsia y que según el diagnóstico del veterinario que atendía al gobernador se trataba de un ataque de *surmenage*, tan común entre los caninos. Yo asentía por turno con la cabeza a lo que cada uno alegaba, avistando al soslayo cómo el viejito no perdía tiempo y se anexaba más y más panqueques. Yo no soy manco y me las arreglé, como quien no quiere la cosa, para quedarme con el sobrante.

À l'avantage, Félix Ubalde. **IX**

Mi querido Avelino:

Agarrate bien que ahora te remito una escena de esas que te hielan la sangre en el

Gaumont. Esta mañana, yo me deslizaba lo más campante por el corredor de alfombra colorada que desemboca en el ascensor. Al pasar ante la pieza de Jacqueline, no dejé de notar que la puerta de referencia estaba a medio abrir. Ver la hendidura y filtrarme fue todo uno. En el recinto no había nadie. Sobre una mesa de ruedas dominé, intacto, el desayuno. Mi madre, en eso resonaron pasos de hombre. Como pude me perdí de vista entre los abrigos colgados en la percha. El hombre de los pasos era el barón. Furtivamente se arrimó a la mesita. Yo casi me traiciono por la risa, adivinando que el barón estaba a punto de engullirse el alimento de la bandeja. Pero no. Extrajo el frasco de la calavera y las tibias y, frente a mis ojos, que retrataban el espanto, espolvoreó el café con un polvillo verdoso. Misión cumplida, se retiró como había entrado, sin dejarse tentar por las medias lunas, también espolvoreadas.

No tardé en sospechar que maquinase la eliminación de su nieta, tronchada por el hado, antes de tiempo. Me quedé con la duda de estar soñando. ¡En una familia tan unida y tan bien como los Grandvilliers no suelen suceder esas cosas! Venciendo la pavora, traté de acercarme como sonámbulo hasta la mesa. El examen imparcial confirmó la evidencia de los sentidos: ahí estaba el café todavía teñido de verde, ahí las nocivas medias lunas. En un segundo sopesé las responsabilidades en juego. Hablar era exponerme a un paso en falso; de repente me habían engañado las apariencias y yo, por calumniador y alarmista, caía en desgracia. Callar podía ser la muerte de la inocente Jacqueline y acaso el brazo de la ley me alcanzara. Esta consideración final me hizo desgañitar en un grito sordo, cosa que el barón no me oyera. Jacqueline se asomó envuelta en una salida de baño. Principié, como la situación lo exigía, por el tartamudeo; después articulé que mi deber era decirle algo tan monstruoso que las palabras no querían salir. Pidiéndole perdón por la osadía le dije, no sin antes cerrar la puerta, que su señor abuelo, que su señor abuelo, y ya me atranqué. Ella se echó a reír, miré medias lunas y taza, y me dijo: «Habrás que pedir otro desayuno. Que el que envenenó Gran Papá lo sirvan a las ratas». Me quedé de una pieza. Con el hilo de voz le pregunté cómo lo sabía. «Todo el mundo lo sabe» fue su respuesta. «A Gran Papá le da por envenenar a la gente y, como es tan chambón, casi siempre le sale mal».

Fue sólo entonces que entendí. La declaración era concluyente. Ante mi visión de argentino se abrió de golpe esa gran *terra incognita*, ese jardín vedado al medio pelo: LA ARISTOCRACIA EXENTA DE PREJUICIOS.

La reacción de Jacqueline, aparte de su encanto femenino, sería, no tardé en constatarlo, la de todos los miembros de la familia, grandes y chicos. Fue como si me dijeran en coro, sin mala voluntad, «chocolate por la noticia». El propio barón, no me lo van a creer, aceptó con sonriente bonhomía el fracaso del plan que tanto desvelo le había costado y me repitió, pipa en mano, que no nos guardaba rencor. Durante el almuerzo menudearon las bromas y, al calor de la cordialidad, les confié que mañana era el día de mi santo.

¿Brindaron por mi salud en el Molino?
Tuyo, el Indio.X

Querido Avelino:

Hoy fue el gran día. Son las diez de la noche, que aquí es tarde, pero no puedo retener la impaciencia y te informo con lujo de detalles. ¡Los Grandvilliers, por medio de Jacqueline, me convidaron a comer en mi honor, en el restaurant que está cerca del lago! En la proveeduría de un argelino alquilé ropa de etiqueta y el correspondiente par de polainas. Me habían apalabrado para las siete en el bar del hotel. A las siete y media pasadas, el

barón compareció y, poniéndome la mano en el hombro, me dijo con una broma de mal gusto: «Dese preso inmediatamente». Llegó sin el remanente de la familia, pero todos ya estaban en la escalinata y pasamos al ómnibus.

En el local, donde más de uno me conoce de vista y me saluda con aprecio, comimos y charlamos a cuerpo de rey. Fue una cena a todo trapo, sin el menor lunar: el mismo barón bajaba vuelta a vuelta a la cocina, para supervisar las cocciones. Yo estaba entre Jacqueline y Chantal. Copa va, copa viene me sentí a mis anchas, como si estuviera en la calle Pozos, y hasta no vacilé en modular el tango *El ciruja*. Al traducirlo a continuación, descubrí que la lengua de los galos carece de la chispa de nuestro lunfardo porteño y que yo había comido demasiado. Nuestro estómago, hecho a la parrillada y a la buseca, no se halla capacitado para tanto *voulez-vous* como requiere la gran cocina francesa. Cuando sonó la hora del brindis, trabajo me costó incorporarme en los remos traseros, para agradecer, no tanto en mi nombre como en el de la patria lejana, el homenaje a mi cumpleaños. Con la última gota de champagne dulce, nos batimos en retirada. Afuera respiré bien hondo la atmósfera y sentí un comienzo de alivio. Jacqueline me dio un beso en la oscuridad.

Te abraza, el Indio. P. S. de la una a.m.: Los calambres han vuelto. Carezco de la fuerza para arrastrarme a la pera del timbre. El cuarto sube y baja a todo lo que da y yo sudo frío. No sé qué le habrán puesto a la salsa tártara, pero el gusto raro no amaina. Pienso en ustedes, pienso en la barra del Molino, pienso en los domingos de fútbol y...^[1]

La fiesta del monstruo

Aquí empieza su aflicción. HILARIO ASCASUBI. *La Refalosa*. —Te prevengo, Nelly, que fue una jornada cívica en forma. Yo, en mi condición de pie plano y de propenso a que se me ataje el resuello por el pescuezo corto y la panza hipopótama, tuve un serio oponente en la fatiga, máxime calculando que la noche antes yo pensaba acostarme con las gallinas, cosa de no quedar como un crosta en la performance del feriado. Mi plan era sume y reste: apersonarme a las veinte y treinta en el Comité; a las veintiuna caer como un sponcio en la cama jaula, para dar curso, con el Colt como un bulto bajo la almohada, al Gran Sueño del Siglo, y estar en pie al primer cacareo, cuando pasaran a recolectarme los del camión. Pero decime una cosa ¿vos no creés que la suerte es como la lotería, que se encarniza favoreciendo a los otros? En el propio puentecito de tablas, frente a la caminera, casi aprendo a nadar en agua abombada con la sorpresa de correr al encuentro del amigo Diente de Leche, que es uno de esos puntos que uno se encuentra de vez en cuando. Ni bien le vi su cara de presupuestívoro, palpité que él también iba al Comité y, ya en tren de mandarnos un enfoque del panorama del día, entramos a hablar de la distribución de bufosos para el magno desfile y de un ruso, que ni llovido del cielo, que los abonaba como fierro viejo en Berazategui. Mientras formábamos en la cola pugnamos por decirnos al vesre que una vez en posesión del arma de fuego nos daríamos traslado a Berazategui aunque a cada uno lo portara el otro a babucha, y allí, luego de empastarnos el bajo vientre con escarola, en base al producido de las armas, sacaríamos, ante el asombro general del empleado de turno ¡dos boletos de vuelta para Tolosa! Pero fue como si habláramos en inglés, porque Diente no pescaba ni un chiquito, ni yo tampoco, y los compañeros de fila prestaban su servicio de intérprete, que casi me perforan el tímpano, y se pasaban el Faber cachuzo para anotar la dirección del ruso. Felizmente el señor Marforio, que es más flaco que la ranura de la máquina de monedita, es un antiguo de esos que mientras usted lo confunde con un montículo de caspa está pulsando los más delicados resortes del alma del popolino, y así no

es gracia que nos frenara en seco la manganeta, postergando la distribución para el día mismo del acto, con el pretexto de una demora del Departamento de Policía en la remesa de las armas. Antes de hora y media de plantón, en una cola que ni para comprar kerosene, recibimos de propios labios del señor Pizzurno orden de despejar al trote, que la cumplimos con cada viva entusiasta que no alcanzaron a cortar enteramente los escobazos rabiosos de ese tullido que hace las veces de portero en el Comité.

A una distancia prudencial la barra se rehízo. Loíá como se puso a hablar que ni la radio de la vecina. La vaina de esos cabezones con labia es que a uno le calientan el mate y después el tipo —vulgo, el abajo firmante— no sabe para dónde agarrar y me lo tienen jugando al tresiete en el almacén de Bernárdez, que vos a lo mejor te amargás con la ilusión que anduve de farra y la triste verdad fue que me pelaron hasta el último votacén, sin el consuelo de cantar la nápolá, tan siquiera una vuelta.

(Tranquila, Nelly, que el guardaguja ya se cansó de morfarte con la visual y ahora se retira, como un bacán, en la zorra. Dejale a tu Pato Donald que te dé otro pellizco en el cogotito).

Cuando por fin me enrosqué en la cucha, yo registraba tal cansancio en los pieses que al inmediato capté que el sueñito reparador ya era de los míos. No contaba con ese contrincante que es el más sano patriotismo. No pensaba más que en el Monstruo y que al otro día lo vería sonreírse y hablar como el gran laborante argentino que es. Te prometo que vine tan excitado que al rato me estorbaba la cubija para respirar como un ballenato. Recieñito a la hora de la perrera concilié el sueño, que resultó tan cansador como no dormir, aunque soñé primero con una tarde, cuando era pibe, que la finada mi madre me llevó a una quinta. Creeme, Nelly, que yo nunca había vuelto a pensar en esa tarde, pero en el sueño comprendí que era la más feliz de mi vida, y eso que no recuerdo nada sino un agua con hojas reflejadas y un perro muy blanco y muy manso que yo le acariciaba el Lomuto; por suerte salí de esas purretadas y soñé con los modernos temarios que están en el marcador: el Monstruo me había nombrado su mascota y, algo después, su Gran Perro Bonzo. Desperté y, para haber soñado tanto destropósito, había dormido cinco minutos. Resolví cortar por lo sano: me di una friega con el trapo de la cocina, guardé todos los callordas en el calzado Fray Mocho, me enredé que ni un pulpo entre las mangas y las piernas de la combinación —mameluco—, vestí la corbatita de lana con dibujos animados que vos me regalaste el Día del Colectivero y salí sudando grasa porque algún cascarudo habrá transitado por la vía pública y lo tomé por el camión. A cada falsa alarma que pudiera, o no, tomarse por el camión, yo salía como taponazo al trote gimnástico, salvando las sesenta varas que hay desde el tercer patio a la puerta de calle. Con entusiasmo juvenil entonaba la marcha que es nuestra bandera, pero a las doce menos diez, vine afónico y ya no me tiraban con todo los magnates del primer patio. A las trece y veinte llegó el camión, que se había adelantado a la hora, y cuando los compañeros de cruzada tuvieron el alegrón de verme, que ni me había desayunado con el pan del loro de la señora encargada, todos votaban por dejarme, con el pretexto que viajaban en un camión carnicero y no en una grúa. Me les enganché como acoplado y me dijeron que si les prometía no dar a luz antes de llegar a Ezpeleta me portarían en mi condición de fardo, pero al fin se dejaron convencer y medio me izaron. Tomó furia como una golondrina el camión de la juventud y antes de media cuadra paró en seco frente del Comité. Salió un tape canoso, que era un gusto cómo nos baqueteaba y, antes que nos pudieran facilitar, con toda consideración, el libro de quejas, ya estábamos transpirando en un brete, que ni si tuviéramos las nucas de queso Mascarpone. A bufoso por barba fue la distribución alfabética; compenetrate, Nelly; a cada

revólver le tocaba uno de nosotros. Sin el mínimo margen prudencial para hacer cola frente al *Caballeros*, o tan siquiera para someter a la subasta un arma en buen uso, nos guardaba el tape en el camión del que ya no nos evadiríamos sin una tarjetita de recomendación para el camionero.

A la espera de la voz de ¡aura y se fue! nos tuvieron hora y media al rayo del sol, a la vista por suerte de nuestra querida Tolosa, que en cuanto el botón salía a correrlos, los pibes nos tenían a hondazo limpio, como si en cada uno de nosotros apreciaran menos el patriota desinteresado que el pajarito para la polenta. Al promediar la primera hora, reinaba en el camión esa tirantez que es la base de toda reunión social pero después la merza me puso de buen humor con la pregunta si me había anotado para el concurso de la Reina Victoria, una indirecta, vos sabés, a esta panza bombo, que siempre dicen que tendría que ser de vidrio para que yo me divisara, aunque sea un poquito, los basamentos horma 44. Yo estaba tan afónico que parecía adornado con el bozal, pero a la hora y minutos de tragar tierra medio recuperé esta lengüita de Campana^[2] y, hombro a hombro con los compañeros de brecha, no quise restar mi concurso a la masa coral que despachaba a todo pulmón la marchita del Monstruo, y ensayé hasta medio berrido que más bien salió francamente un hipo, que si no abro el paragüita que dejé en casa, ando en canoa con cada salivazo que usted me confunde con Vito Dumas, el Navegante Solitario. Por fin arrancamos y entonces sí que corrió el aire, que era como tomarse el baño en la olla de la sopa, y uno almorzaba un sängüiche de chorizo, otro su arrolladito de salame, otro su panetún, otro su media botella de Vascolet y el de más allá la milanesa fría, pero más bien todo eso vino a suceder otra vuelta, cuando fuimos a la Ensenada, pero como yo no concurrí, más gano si no hablo. No me cansaba de pensar que toda esa muchachada moderna y sana pensaba en todo como yo, porque hasta el más abúlico oye las emisiones en cadena, quieras que no. Todos éramos argentinos, todos de corta edad, todos del Sur y nos precipitábamos al encuentro de nuestros hermanos gemelos, que en camiones idénticos procedían de Fiorito y de Villa Domínico, de Ciudadela, de Villa Luro, de La Paternal, aunque por Villa Crespo pulula el ruso y yo digo que más vale la pena acusar su domicilio legal en Tolosa Norte.

¡Qué entusiasmo partidario te perdiste, Nelly! En cada foco de población muerto de hambre se nos quería colar una verdadera avalancha que la tenía emberretinada el más puro idealismo, pero el capo de nuestra carrada, Garfunkel, sabía repeler como corresponde a ese farabutaje sin abuela, máxime si te metés en el coco que entre tanto mascalzone patentado bien se podía emboscar un quintacolumna como luz, de esos que antes que usted dea la vuelta del mundo en ochenta días me lo convencen que es un crosta y el Monstruo un instrumento de la Compañía del Teléfono. No te digo niente de más de un cagastume que se acogía a esas purgas para darse de baja en el confusionismo y repatriarse a casita lo más liviano; pero embromate y confesá que de dos chichipíos el uno nace descalzo y el otro con patín de munición, porque vuelta que yo creía descolgarme del carro era patada del señor Garfunkel que me restituía al seno de los valientes. En las primeras etapas los locales nos recibían con entusiasmo francamente contagioso, pero el señor Garfunkel, que no es de los que portan la piojosa de puro adorno, le tenía prohibido al camionero sujetar la velocidad, no fuera algún avivato a ensayar la fuga relámpago. Otro gallo nos cantó en Quilmes, donde el crostaje obtuvo permiso para desentumecer los callos plantales, pero ¿quién, tan lejos del pago, iba a despartarse del grupo? Hasta ese momentazo, dijera el propio Zoppi o su mama, todo marchó como un dibujo, pero el nerviosismo cundió entre la merza fresca cuando el trompa, vulgo Garfunkel que le dicen, nos puso blandos al tacto con la imposición de deponer en cada paredón el nombre del Monstruo, para ganar de nuevo el

vehículo, a velocidad de purgante, no fuera algún cabreira a cabriarse y a venir calveira pegándonos. Cuando sonó la hora de la prueba empuñé el bufoso y bajé resuelto a todo, Nelly, anche a venderlo por menos de tres pessolanos. Pero ni un solo cliente asomó el hocico y me di el gusto de garabatear en la tapia unas letras frangollo, que si invierto un minuto más, el camión me da el esquinazo y se lo traga el horizonte rumbo al civismo, a la aglomeración, a la fratellanza, a la fiesta del Monstruo. Como para aglomeración estaba el camión cuando volví hecho un queso con camiseta, con la lengua de afuera. Se había sentado en la retranca y estaba tan quieto que sólo le faltaba el marco artístico para ser una foto. A Dios gracias formaba entre los nuestros el gangoso Tabacman, más conocido por Tornillo Sin Fin, que es el empedernido de la mecánica, y a la media hora de buscarle el motor y de tomarse toda la Bilz de mi segundo estómago de camello, que así yo pugno que le digan siempre a mi cantimplora, se mandó con toda franqueza su «a mí que me registren», porque el Fargo a las claras le resultaba una firma ilegible.

Bien me parece tener leído en alguno de esos quioscos fetentes que no hay mal que por bien no venga, y así Tata Dios nos facilitó una bicicleta olvidada en contra de una quinta de verdura, que a mi ver el ciclista estaba en proceso de recauchutaje, porque no asomó la fosa nasal cuando el propio Garfunkel le calentó el asiento con la culata. De ahí arrancó como si hubiera olido todo un cuadrado de escarola, que más bien parecía que el propio Zoppi o su mamá le hubiera munido el upite de un petardo Fu-Man-Chú. No faltó quien se aflojara la faja para sonreírse al verlo pedalear tan garufiento, pero a las cuatro cuerdas de pisarles los talones lo perdieron de vista, causa que el peatón, aunque se habilite las manos con el calzado Pecus, no suele mantener su laurel de invicto frente a don Bicicleta. El entusiasmo de la conciencia en marcha hizo que en menos tiempo del que vos, gordeta, invertís en dejar el mostrador sin factura, el hombre se despistara en el horizonte, para mí que rumbo a la cucha, a Tolosa...

Tu chanchito te va a ser confidencial, Nelly: quien más quien menos ya pedaleaba con la comezón del gran Spiantujen, pero, como yo no dejo siempre de recalcar en las horas que el luchador viene enervado y se aglomeran los más negros pronósticos, despunta el delantero fenómeno que marca *goal*; para la patria, el Monstruo; para nuestra merza en franca descomposición, el camionero. Ese patriota que le sacó el sombrero se corrió como patinada y paró en seco al más avivato del grupo en fuga. Le aplicó súbito un mensaje que al día siguiente, por los chichones, todos me confundían con la yegua tubiana del panadero. Desde el suelo me mandé cada hurra que los vecinos se incrustaban el pulgar en el tímpano. De mientras, el camionero nos puso en fila india a los patriotas, que si alguno quería despartarse, el de atrás tenía carta blanca para atribuirle cada patada en el culantro que todavía me duele sentarme. Calculate, Nelly, qué tarro el del último de la fila ¡nadie le shoteaba la retaguardia! Era, cuándo no, el camionero, que nos arrió como a concentración de pie planos hasta una zona, que no trepido en caracterizar como de la órbita de Don Bosco, vale, de Wilde. Ahí la casualidad quiso que el destino nos pusiera al alcance de un ómnibus rumbo al descanso de hacienda de La Negra, que ni llovido por Baigorri. El camionero, que se lo tenía bien remanyado al guarda-conductor, causa de haber sido los dos (en los tiempos heroicos del Zoológico Popular de Villa Domínico) mitades de un mismo camello, le suplicó a ese catalán de que nos portara. Antes que se pudiera mandar su Suba Zubizarreta de práctica, ya todos engrosamos el contingente de los que llenábamos el vehículo, riéndonos hasta enseñar las vegetaciones, del puntaje senza potencia, que, por razón de quedar cola, no alcanzó a incrustarse en el vehículo, quedando como quien dice «vía libre» para volver, sin tanta mala sangre, a Tolosa. Te exagero, Nelly, que íbamos

como en ónibus, que sudábamos propio como sardinas, que si vos te mandás el vistazo, el *Señoras* de Berazategui te viene chico. ¡Las historietas de regular interés que se dieron curso! No te digo niente de la olorosa que cantó por lo bajo el tano Potasman, a la misma vista de Sarandí y desde aquí lo aplaudo como un cuadrumano a Tornillo Sin Fin que en buena ley se vino a ganar su medallón de Vero Desopilante, obligándome bajo amenaza de tincazo en los quimbos, a abrir la boca y cerrar los ojos: broma que aprovechó sin un desmayo para enllenarme las entremuelas con la pelusa y los demás producidos de los fundillos. Pero hasta las perdices cansan y cuando ya no sabíamos lo que hacer, un veterano me pasó la cortaplumita y la empuñamos todos a uno para más bien dejar como colador el cuero de los asientos. Para despistar, todos nos reíamos de mí; en después no faltó uno de esos vivancos que saltan como pulgas y vienen incrustados en el asfáltico, cosa de evacuarse del carromato antes que el guarda-conductor sorprendiera los desperfectos. El primero que aterrizó fue Simón Tabacman, que quedó propio ñato con el culazo; muy luego, Fideo Zoppi o su mama; de último, aunque reviente de la rabia, Rabasco; acto continuo, Spátola; doppo, el vasco Speciale. En el interinato, Morpurgo se prestó por lo bajo al gran rejunte de papeles y bolsas de papel, idea fija de acopiar elemento para una fogarata en forma que hiciera pasto de las llamas al Broackway, propósito de escamotear a un severo examen la marca que dejó la cortaplumita. Pirosanto, que es un gangoso sin abuela, de esos que en el bolsillo portan menos pelusa que fósforos, se dispersó en el primer viraje, para evitar el préstamo de Rancherita, no sin comprometer la fuga, eso sí, con un cigarrillo Volcán que me sonsacó de la boca. Yo, sin ánimo de ostentación y para darme un poco de corte, estaba ya frunciendo la jeta para debatir la primera pitada cuando el Pirosanto, de un saque, capturó el cigarrillo, y Morpurgo, como quien me dora la píldora, acogió el fósforo que ya me doraba los sabañones y metió fuego al papelamen. Sin tan siquiera sacarse el rancho, el funyi o la galera, Morpurgo se largó a la calle, pero yo, panza y todo, lo madruqué y me tiré un rato antes, y así pude brindarle un colchón, que amortiguó el impacto y cuasi me desfonda la busarda con los noventa kilos que acusa. Sandié, cuando me descalcé de esta boca los tamanguses hasta la rodilla de Manolo M. Morpurgo, l'ónibus ardía en el horizonte, mismo como el spiedo del Perosio, y el guarda-conductor-propietario, lloraba dele que dele ese capital que se le volvía humo negro. La barra, siendo más, se reía, pronta, lo juro por el Monstruo, a darse a la fuga si se irritaba el ciervo. Tornillo, que es el bufo tamaño mole, se le ocurrió un chiste que al escucharlo vos con la boca abierta vendrás de gelatina con la risa. Attenti, Nelly. Desemporcate las orejas, que ahí va. Uno, dos, tres, y PUM. Dijo —pero no te me vuelvas a distraer con el spiantacaca que le guiñas el ojo— que el ónibus ardía mismo como el spiedo del Perosio. Ja, ja, ja.

Yo estaba lo más campante, pero la procesión iba por dentro. Vos, que cada parola que me se cae de los molares, la grabás en los sesos con el formón, tal vez hagás memoria del camionero, que fue medio camello con el del ónibus. Si me entendés, la fija que ese cachascán se mandaría cada alianza con el lacrimógeno para punir nuestra fea conducta estaba en la cabeza de los más lince. Pero no temás por tu conejito querido: el camionero se mandó un enfoque sereno y adivinó que el otro, sin ónibus, ya no era un oligarca que vale la pena romperse todo. Se sonrió como el gran bonachón que es; repartió, para mantener la disciplina, algún rodillazo amistoso (aquí tenés el diente que me saltó y se lo compré después para recuerdo) y, ¡cierren filas y paso redoblado: marrr!

¡Lo que es la adhesión! La gallarda columna se infiltraba en las lagunas anegadizas, cuando no en las montañas de basura, que acusan el acceso a la Capital, sin más defección que una tercera parte, *grosso modo*, del aglutinado inicial que zarpó de Tolosa. Algún

inveterado se había propasado a medio encender su cigarrillo Salutaris, claro está, Nelly, que con el visto bueno del camionero. Qué cuadro para ponerlo en colores: portaba el estandarte, Spátola, con la camiseta de toda confianza sobre la demás ropa de lana; lo seguían de a cuatro en fondo, Tornillo, etc.

Serían recién las diecinueve de la tarde cuando al fin llegamos a la Avenida Mitre. Morpurgo se rió todo de pensar que ya estábamos en Avellaneda. También se reían los bacanes, que a riesgo de caer de los balcones, vehículos y demás bañaderas, se reían de vernos de a pie, sin el menor rodado. Felizmente Babuglia en todo piensa y en la otra banda del Riachuelo se estaban herrumbrando unos camiones de nacionalidad canadiense, que el Instituto, siempre attenti, adquirió en calidad de rompecabezas de la Sección Demoliciones del ejército americano. Trepamos como el mono a uno caki y entonando el *Adiós, que me voy llorando* esperamos que un loco del Ente Autónomo, fiscalizado por Tornillo Sin Fin, activara la instalación del motor. Suerte que Rabasco, a pesar de esa cara de fundillo, tenía cuña con un guardia del Monopolio y, previo pago de boletos, completamos un bondi eléctrico, que metía más ruido que un solo gaita. El bondi —talán, talán— agarró p'al Centro; iba superbo como una madre joven que, sotto la mirada del babo, porta en la panza las modernas generaciones que mañana reclamarán su lugar en las grandes meriendas de la vida... En su seno, con un tobillo en el estribo y otro sin domicilio legal, iba tu payaso querido, iba yo. Dijera un observador que el bondi cantaba; hendía el aire impulsado por el canto; los cantores éramos nosotros. Poco antes de la calle Belgrano la velocidad paró en seco desde unos veinticuatro minutos; yo transpiraba para comprender y anche por la gran turba como hormiga de más y más automotores, que no dejaba que nuestro medio de locomoción diera materialmente un paso.

El camionero rechinó con la consigna «¡Abajo, chichipíos!» y ya nos bajamos en el cruce de Tacuarí y Belgrano. A las dos o tres cuadras de caminarla, se planteó sobre tablas la interrogante: el garguero estaba reseco y pedía líquido. El Emporio y Despacho de Bebidas Puga y Gallach ofrecía un principio de solución. Pero te quiero ver, escopeta: ¿cómo abonábamos? En ese vericuetto, el camionero se nos vino a manifestar como todo un expeditivo. A la vista y paciencia de un perro dogo, que terminó por verlo al revés, me tiró cada zancadilla delante de la merza hilarante, que me encasqueté una rejilla como sombrero hasta el nasute, y del chaleco se rodó la chirola que yo había rejuntado para no hacer tan triste papel cuando cundiera el carrito de la ricotta. La chirola engrosó la bolsa común y el camionero, satisfecho mi asunto, pasó a atender a Souza, que es la mano derecha de Gouvea, el de los Pegotes Pereyra —sabés— que vez pasada se impusieron también como la Tapioca Científica. Souza, que vive para el Pegote, es cobrador del mismo, y así no es gracia que dado vuelta pusiera en circulación tantos biglietes de hasta cero cincuenta que no habrá visto tantos juntos ni el Loco Calcamonía, que marchó preso cuando aplicaba la pintura mondongo a su primer bigliete. Los de Souza, por lo demás, no eran falsos y abonaron contantes y sonantes el importe neto de las Chissottis, que salimos como el que puso seca la mamajuana. Bo, cuando cacha la guitarra, se cree Gardel^[3]. Es más, se cree Gotuso^[3]. Es más, se cree Garófalo^[3]. Es más, se cree Giganti-Tomassoni^[3]. Guitarra, propio no había en ese local, pero a Bo le dio con *Adiós, Pampa mía* y todos lo coreamos y la columna juvenil era un solo grito. Cada uno, malgrado su corta edad, cantaba lo que le pedía el cuerpo, hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba. A ése le perdonamos la vida, pero no se escurrió tan fácil otro de formato menor, más manuable, más práctico, de manejo más ágil. Era un miserable cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado, los libros, bajo el brazo y de estudio. Se

registró como un distraído, que cuasi se lleva por delante a nuestro abanderado, Spátola. Bonferraro, que es el chinche de los detalles, dijo que él no iba a tolerar que un impune desacatara el estandarte y foto del Monstruo. Ahí nomás lo chumbó al Nene Tonelada, de apelativo Cagnazzo, para que procediera. Tonelada, que siempre es el mismo, me soltó cada oreja, que la tenía enrollada como el cartucho de los manises y, cosa de caerle simpático a Bonferraro, le dijo al rusovita que mostrara un cachito más de respeto a la opinión ajena, señor, y saludara a la figura del Monstruo. El otro contestó con el despropósito que él también tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones lo cansan, lo arrempujó con una mano que si el carnicero la ve, se acabó la escasez de la carnaza y el bife de chorizo. Lo rempujó a un terreno baldío, de esos que en el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento, y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una pared senza finestra ni ventana. De mientras, los traseros nos presionaban con la comezón de observar y los de fila cero quedamos como sánguiche de salame entre esos locos que pugnaban por una visión panorámica y el pobre quimicointas acorralado que, vaya usted a saber, se irritaba. Tonelada, atento al peligro, reculó para atrás y todos nos abrimos como abanico dejando al descubierto una cancha del tamaño de un semicírculo, pero sin orificio de salida, porque de muro a muro estaba la merza. Todos bramábamos como el pabellón de los osos y nos rechinaban los dientes, pero el camionero, que no se le escapa un pelo en la sopa, palpito que más o menos de uno se estaba por mandar *in mente* su plan de evasión. Chiflido va, chiflido viene, nos puso sobre la pista de un montón aparente de cascote, que se brindaba al observador. Te recordarás que esa tarde el mómetro marcaba una temperatura de sopa y no me vas a discutir que un porcentaje nos sacamos el saco. Lo pusimos de guardarropa al pibe Saulino, que así no pudo participar en el apedreo. El primer cascotazo lo acertó, de puro tarro, Tabacman, y le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con un cascote que le aplasté una oreja y ya perdí la cuenta de los impactos, porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanas de Monserrat se cayó, porque estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un rato más, con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. Luego Morpurgo, para que los muchachos se rieran, me hizo clavar la cortaplumita en lo que hacía las veces de cara.

Después del ejercicio que acalora me puse el saco, maniobra de evitar un resfrío, que por la parte baja te representa cero treinta en Genioles. El pescuezo lo añudé en la bufanda que vos zurciste con tus dedos de hada y acondicioné las orejas sotto el chambergolino, pero la gran sorpresa del día la vino a detentar Piroso, con la ponenda de meterle fuego al rejunta piedras, previa realización en remate de anteojos y vestuario. El remate no fue suceso. Los anteojos andaban misturados con la viscosidad de los ojos y el ambo era un engrudo con la sangre. También los libros resultaron un clavo, por saturación de restos orgánicos. La suerte fue que el camionero (que resultó ser Graffiaccane) pudo rescatarse su reloj del sistema Roskopf sobre diecisiete rubíes, y Bonferraro se encargó de una cartera Fabricant, con hasta nueve pesos con veinte y una instantánea de una señorita profesora de piano, y el otario Rabasco se tuvo que contentar con un estuche Bausch para lentes y la lapicera fuente Plumex, para no decir nada del anillo de la antigua casa Poplavsky.

Presto, gordeta, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. Banderas de Boitano que tremolan, toques de clarín que vigoran, doquier la masa popular, formidavel. En la Plaza de Mayo nos arengó la gran descarga eléctrica que se firma doctor Marcelo N.

Frogman. Nos puso en forma para lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas la escucharon, gordeta, mismo como todo el país, porque el discurso se transmite en cadena.

Pujato, 24 de noviembre de 1947. El hijo de su amigo

I

—Usted, Ustáriz, pensará de mí lo que quiera, pero soy más porfiado que el vasco de la carretilla. Para mí, el renglón libros es una cosa y el cinematógrafo es otra. Mis novelitas serán como el matete del mono con la máquina de escribir, pero la jerarquía de escritor la mantengo. Por eso la vez que me pidieron una comedia bufa para la S. O. P. A. (Sindicato de Operarios y Productores Argentinos) les rogué por favor que se perdieran un poquito en el horizonte. Yo y el cinematógrafo... ¡salga de ahí! No ha nacido el hombre que me haga escribir para el celuloide.

»Claro que cuando supe que Rubicante gravitaba en la S. O. P. A. me dejé poner bozal y manca. Además, hay factores que usted le tiene que sacar el sombrero. Desde el anonimato de la platea, pierdo la cuenta de los años que yo he seguido, con interés francamente cariñoso, la campaña que hace la S. O. P. A. en pro de la producción nacional, zampando en cada noticiario de ceremonias y banquetes un tendal de tomas que usted se distrae viendo la fabricación del calzado, cuando no el sellado de los tapones o el etiquetado de los envases. Añada que la tarde que perdió Excursionistas, se me acercó Farfarello en el trencito del Zoológico, y me dejó pastoso con el notición que la S. O. P. A. tenía programada para su ejercicio del 43 una cadena de películas que aspiraban a copar el mercado fino, dando calce al hombre de pluma, para que despachara una producción de alto vuelo, sin la concesión de rigor al factor boletería. Me lo dijo y no lo creí hasta que lo dijo de propios labios. Hay más. A las cansadas me juré por un viejito que nos tenía medio fastidiados cantando *Sole mio*, que lo que es esa vuelta no me harían laburar, como las anteriores, sin otra resultante que un apreciable consumo de block Coloso. Los trámites se llevarían gran estilo: un contrato en letra de mosca, que a usted se la refriegan suave por las narices y después le pone una firma que, cuando sale a tomar aire, va con su collar y cadena; un adelanto sustancial en metálico, que engrosaría *ipso facto* el fondo común de la sociedad, de la que yo tenía derecho a considerarme adherente; la promesa, bajo palabra, de que la mesa directiva tomaría en consideración, o no, los argumentos sometidos por el firmante, que, previa aprobación de la Nena Nux (que para mí tiene su historia con un petecito gangoso que sabe circular en el ascensor), asumirían, a su debido tiempo, la forma de verdaderos anteproyectos de guión y diálogo.

»Créame una vez en la vida, Ustáriz: soy todo un impulsivo, cuando conviene. Engolosinado, me lo apestillé a Farfarello: le obsequié una gaseosa que consumimos sotto la vigilancia del cebú; le calcé un medio Toscanini en el morro y me lo llevé, en un placero, entre cuentos al caso y palmaditas, al Nuevo Parmesano de Godoy Cruz. Para preparar el estómago, embuchamos hasta sapo por barba; después tuvo su hora el minestrón; después nos dimos por entero el desgrase del caldo; después, con el Barbera, se nos vino el arroz a la Valenciana, que medio lo asentamos con un Moscato y así nos dispusimos a dar cuenta de la ternerita mechada, pero antes nos dejamos tentar por unos pastelones de albóndiga y la panzada concluyó con panqueques, fruta mezzo verdolaga, si usted me entiende, un queso tipo arena y otro baboso y un cafferata-express con mucha espuma, que mandaba más ganas de afeitarse que de cortarse el pelo. En ancas del espumoso cayó el señor

Chissotti en persona, en su forma de grappa, que nos puso la lengua de mazacote y yo la aproveché para dar una de esas noticias bomba, que hasta el camello de la joroba se cae de espalda. Sin gastarme en prólogos ni antesalas, me lo preparé suavito, suavito, a Farfarello, para cortarle el hipo con la sorpresa que yo ya disponía de un argumento que sólo le faltaba el celuloide y un reparto de bufos que el día de pago la S. O. P. A. entra en franca disolución. Aprovechando que uno de tantos caramelos pegote se le había incrustado en la cavidad, que ni tan siquiera el mozo de la panera se lo consiguió del todo extraer, principié a narrarle *grosso modo*, con lujo de detalles, el argumento. El pobre escucha se mandó cada bandera blanca y me rechinó en las orejas que ese argumento yo se lo había contado más veces que espinas había tenido el besugo. Tómele el pulso al sucedido: Farfarello me pasó el dato que una palabra más y que no me presentaría, el día menos pensado, al gobierno títere de la S. O. P. A. ¿Qué otro remedio me quedó, le pregunto, que abonar la consumición, acondicionarlo en un taxi y distribuirlo a domicilio en Burzaco?

»A gatas no había pasado un mes de orejearla en el banco de la paciencia, cuando vino la citación de apersonarme en un “edificio propio”, en Munro, donde sabía roncar el tigraje de los que pisan fuerte en la S. O. P. A.

»¡Qué muestrario que tiene su interés! Esa misma tarde logré repantigar la visual sobre las eminencias grises que dan su pauta a la pujante industria del cine. Estos ojos, en los que usted se refleja con esa cara de pan de leche, conocieron tiempos mejores, mirando como dos babosos a Farfarello, que es uno de esos rubios tipo ladrillo, con jeta de negro bozal; al doctor Persky, con la sonrisa de buzón y los lentes, que tira a sapo visto bajo el agua; a la señora Mariana Ruiz Villalba de Anglada, con la flacura que le exige Patou, y a la pobre hormiga Leopoldo Katz, que hace de secretario de la señora y usted *piu tosto* lo toma por japonés. Como para tapar la boca al más insaciable, en cualquier momento podía comparecer el Pibe del Centro, el empresario de los grandes sucesos, el rey sin corona del Buenos Aires noctámbulo, el bacanazo del Pigall y de La Emiliana, ese porteño por antonomasia que se llama Paco Antuñano y Pons. No es todo: casi llegó también Rubicante, el bancario que dota a la quimera de una base en metálico. Hay más: no perdí la cabeza. Rápido me di cuenta que rolaba en un alto círculo y me reduje a mirar fijo, a toser, a tragar saliva, a venir brillante con el sudor, a poner cara de atención cuando estaba en Babia y a repetir sí, sí, ja, ja, como un coro griego. Después sirvieron el cognac en balones y yo pasé como valija diplomática a los cuentos más repugnantes, a la pantomima inequívoca y, en una palabra, a lo que se llama un derroche de idioteces y obscenidades.

»Las consecuencias de esa patinada fueron luctuosas: el doctor Persky, que no aguanta que otro se luzca, se desfiguró con la envidia y desde entonces me rigorea que es un gusto; la señora Mariana, al calor de la performance, creyó descubrir en mí un pico de oro, una de esas máquinas de *causeur* que antes se estilaban en los salones y yo me veo en cada angostura que no abro la boca ni para papar una mosca.

»Una tarde yo estaba más contento que con el premio de la reina Victoria, cuando cayó mi amigo Julio Cárdenas. No me venga con el globo cautivo que no lo conoce, usted que siempre formó, por derecho propio, entre la chusma y el negraje. Haga memoria: es hijo del viejo Cárdenas, un vejete de levita rabona, que nadando a lo perro y vigilando la pipa de porcelana que le adornaba el hocico, me salvó la vida hace un rato, cuando la última creciente del Maldonado. Julio, un mocito enlutado, con ojos de esos que dan gana de plantarle un termómetro, y que yo le garanto que lo miré con franca suspicacia por el vestuario baratieri y la pinta de miserable zanagoria, que si se acercaba a las grandes mecas del celuloide es con la triste idea de venderles un argumento. Literato habemos, me dije, y

ya le hice la cruz, viendo en ese amigo-sorpresa un competidor peligroso. Tómese una vitamina y comprenda mi situación: si el giovinotto pone de manifiesto un cuaderno y nos repugna las orejas con un cinedrama en su forma de engedro inédito, soy capaz de resfriarme con la rabia. La cosa la vi negra, Ustáriz, pero el destino a última hora me ahorró el embuche de esa píldora amarga. Cárdenas no venía como literato, sino que revestía las características de un estudiante aficionado a las máquinas filmadoras. Anche a la señora Mariana, según la fábula que nos quiso embutir entre ceja y ceja ese pobre intruso de Farfarello. Yo le demostré hasta el cansancio (que gana no me faltó de echar un ronquido a la disparada en la cama jaula) que su ponencia carecía francamente de base, porque cómo, pásame el dato, le iba a importar la señora Mariana si yo dije que sólo le importaban las máquinas filmadoras. ¡Farfarello mascó el polvo de la derrota!

»Usted pensará que yo, entre tanta estrella, estaría como el que se atragantó con la sopa seca. Hágase a un lado. Yo me aceité el cacumen y lo hice trabajar que más que cabeza parecía ventilador con sombrero Borsalino. Me hubiera visto, con la brocha a dos manos, dando curso a un libreto gran suceso, en que se perfilaba el romance de una muñequita social, con *chalet* propio en la Avenida de Mayo, para no decir nada de la estanzuela donde para tentar de risa a las amiguitas, le hizo creer al gauchito protagónico que se había prendado de él y al fin (¡no se descole con la sorpresa!) se enamoró de veras y los maridó el capitán del piróscafo en que hacían un crucero a Ushuaia, porque antes hay que conocer lo nuestro. Una cinejoya con su interés para el docente; porque usted pasa echando chispas del pericón a la pampa y escolta a la simpática pareja que no desoye los imperativos telúricos y da pie a la cámara para sacar vistas de algunos parajes. La cosa es que a los tantos días vista los dejé preocupados con la noticia que había adornado con el punto final a una comedia bufa (inédita, eso sí). La cosa quisieron tomarla a broma, pero yo dele y dele y no les quedó más remedio que sacrificar una fecha para la lectura. *Ipsa facto* promulgaron un estatuto con artículo único, donde se aconsejaba que el acto fuera a puerta cerrada para que yo no molestara con pesadeces.

»Resentí el golpe, pero qué pucha si estaba más acorazado que una rodillera con *¡Terminaron casándose!*, que así la pegué con el título que haría las veces de nombre para la comedia bufa de referencia. Yo estaba tranquilo, tranquilo, porque sabía que mi comedieta era un comprimido de esos que no fallan impacto y que el comité de lectura corría la fija de venir sin baba con el palpitante interés. Usted que me conoce no haga el triste papel de figurarse que yo me iba a perder tamaña función. Pasé unos días sin formalizar otra cosa que asomarme al reloj, con la comezón de engrosar la barra de escuchas, manteniéndome en el recinto, aunque más no sea de barriga en debajo de la piel con cabeza de tigre. En el pizarrón con letra de tiza vi que el rubro Lectura y Rechazo de *¡Terminaron casándose!* lo habían postergado para el viernes a las dieciocho y treinta y cinco.

II

—Una vez que yo estaba medio dormido usted me durmió todo con un cuento de una vistita para el celuloide. Supongo que lo sacaron carpiendo.

—No se haga ilusiones, Ustáriz. Le voy a contar el sucedido con suma prolijidad. Al viernes fijado para la lectura, a gatas lo postergaron tres meses. Eso sí, mantuvieron el reglamento que yo no pudiera asistir. El día fatal, para que mi manganeta se mantuviera muy por encima de las más bajas suspicacias, hice acto de presencia a las dieciséis y me dejé caer en el infundio que a las dieciocho y treinta y cinco se inauguraba en un localito *ex*

profeso la Exposición Municipal de Productos Adulterados, que hasta usted, con esa pinta de falto, sabe que no me la pierdo ni por un Provolone, porque llevo la pichincha en la sangre, y la idea fija de comprar a precio manicomio me hace adquirir cada remesa de pasta de Mascarpone en desuso que si me aseguran en una trampera no hay un rodador a la redonda que falte a la cita. Farfarello, que en materia de comprar munición de boca siempre está alerta, se me quiso enganchar y por poco el cuerpo directivo de la S. O. P. A. no se trasladó en masa al localito que yo había inventado en base a macanas fritas y la más pura patraña; por suerte el Poldo Katz cortó de raíz esa propensión y nos resultó el perro de la disciplina, porque nos recordó, a mí tan luego, que esa tarde tocaba rechazar *¡Terminaron casándose!* como mandaba el pizarrón. Persky, que ni un caballo calculador le cuenta las pecas, me otorgó un plazo prudencial para salir como bicicleta enseguida. Yo no quería otra cosa, pero la máquina, ¿quién me la saca?

»Con un apreciable margen de error, que, en efecto, no perdonaba el depósito escobas y escobillones que es todo una muestra de cómo derrocha el centavito el jefe de personal de la S. O. P. A., saqué en limpio que la lectura obraría en el saloncete de la mesa redonda, donde está el mueble con esa forma. Por suerte que también está un biombo, de esos chinos, con animales dañinos, y detrás se constituye un recinto, medio escasany, pero tan oscuro que a usted ni lo localiza la mosca. Después del “Adiós, adiós, corazón de arroz”, que impone el más frío convencionalismo, salí haciendo visajes y *ainda mais*, para dejar bien sentado que ganaba la calle, pero lo más cierto es que después de pasearme en el ascensor de servicio, entré a lo anguila en el saloncete de la mesa ídem y me embosqué (si lo adivina le obsequio este boleto usado en la retaguardia del biombo).

»Apenas aguaité mis tres cuartos de hora, Tic-Tac en mano, cuando por orden alfabético fueron cundiendo los susodichos, pero ni sueñe que ese rabonero de Katz, porque para mí que se resertó como el que no hace honor a su firma. Se sentaron a silla por barba y alguno detentó un sillón giratorio. El parlamento al principio era caprichoso, pero Persky los devolvió a la realidad con la ducha fría de “lean, ufa”. Todos querían no leer, pero el inexorable *Zeta balleta* favoreció a la señora Mariana, que empezó a leer a trompezones, con un hilo de voz y a cada rato se volvía a perder. Farfarello, que tiene chapa de olfa, ya tuvo que someter la ponencia:

»—En la voz de la señora de Ruiz Villalba, terciopelo y cristal, el matete más horroroso deviene transitable. La jerarquía, la distinción nata, el rango, la belleza si se quiere, doran la píldora y nos hacen embuchar cada bodrio. Yo más bien propondría que leyera este mocito Cárdenas, que por lo mismo que es carente de simpatía contagiosa, permitirá, a trueque que quedemos como embalsamados, un juicio aproximativo.

»—Chocolate por la noticia —dijo la señora—. Yo ya estaba por decir que ya se sabe que yo leo regio.

»Persky opinó ponderadamente:

»—Que lea Cárdenas. A lector malo, guión pésimo. Arreglado al carancho es el nido.

»Se rieron que daba gusto. Farfarello, que no sabe más que apoyarse en la opinión general, emitió un juicio que era todo un insulto sobre mi conducta y sobre mi facha. ¡Viera el suceso que logró! Lo menos que dijeron es que yo tenía más de tarugo que de otra cosa. Lo que no se podían palpar esos pobres cristos era que yo estaba a la escucha detrás del biombo, y que los sobraba lo más cafisho y no les perdía palabra. Todo palideció cuando el inaguantable latero se puso a leer con esa vocecita de robinete descompuesto. Dejalos que se mofen, yo me decía, que ya la obrita se va a imponer, por su propio peso. Así fue.

Principiando se reían como descolados y después se cansaron. Desde mi biombo, yo seguía la lectura con notable curiosidad, aquilatando en su valor cada pincelada, hasta que en menos tiempo de lo que usted se figura también me agarró el sueño como a los otros.

»Me despertaron las puntadas en todo el cuerpo y el gusto a cebo en la boca. Al manotear la mesa de luz, tropiezo con el biombo. No se veía sino negro, Después de un rato que monopolizara Mieditis capté la sincera verdad. Todo el mundo se había retirado y yo había quedado encerrado adentro, como el que pasó la noche en el Zoológico. Vi claro que había sonado la hora de jugarme el todo por el todo y avancé gateando en la dirección de lo que yo creí la puerta y resultó cocazo. Las aristas de la mesa ratona cobraron su tributo de sangre y después casi quedo asimilado a los debajos del sillón-otomana. Gente sin voluntad, que se cansa súbito (usted, Ustáriz, pongamos por caso) hubiera tentado elevarse sobre las patas traseras y prender la luz. Yo no, yo soy de fabricación especial y no me parezco al común denominador: seguí lo más cuadrúpedo en el oscuro, abriendo cada brecha con los chichones que todavía me duele la razón social A. Cabezas. Con el movimiento de la nariz giré el picaporte y en eso, mama mía, oigo que en el inmueble sin un alma, sube el ascensor. ¡Un Otis de capacidad reforzada! El gran interrogante era cerciorar si eran cacos que me desvalijarían hasta la caspa o un sereno a la antigua, capaz de no mirarme con buenos ojos. Las dos chances me dejaron sin gana de tomar un completo con medias lunas. A gatas tuve tiempo de recularme cuando apareció el ascensor, comparable a una jaula iluminada que descargó dos pasajeros. Entraron sin fijarse en un servidor, cerraron, chau, la puerta y me dejaron solito en el pasillo, pero ya los tenía catalogados. ¡Qué cacos ni qué sereno! Se trataba más bien del mozo Cárdenas y de la señora Mariana, pero yo soy un caballero y no ando con cuentos. Pegué el ojo en la cerradura: negro, negrini, negrotto. Ni sueñe, Ustáriz, que me iba a plantificar para no ver nada. Poniéndolos como un suelo, en voz baja, tomé las escaleras por mi cuenta, no fueran a oír el ascensor. La puerta de calle se podía abrir por dentro y a todo esto ya era la medianoche pasada. Salí como el trencito de trocha angosta.

»No le voy a mentir que dormí esa noche. En la cucha estaba más inquieto que la urticaria. Será que la chochera me anda mezzo rondando, pero hasta que aboné el desayuno en la pizzería, no tuve cabal noción de las posibilidades del evento. La mañana entera la insumí en machacar y machacar la idea fija y cuando me despaché los al plato en el Popolare de Godoy Cruz ya tenía incubado el plan de campaña.

»Obtuve, con carácter de préstamo, la ropa nueva del lavaplatos del Popolare, indumento que no tardé en redondear con el rancho negro del cocinero, que es un mundano de esos que viven para la figuración. Una pasada en la barbería de la vuelta me puso en condición de abordar el trangua 38. Me evacué en el cruce de Rodríguez Peña y con toda naturalidad desfilé frente de la farmacia Achinelli, para fondear al fin en Quintana. Dar *grosso modo* con el número de la casa fue cosa de palpar un poco las chapas. El portero, con la autoridad que le otorga el bronce de los bronces, de buenas a primeras no se avenía a departir conmigo en un terreno de fraterna igualdad; pero el vestuario rindió efecto: el celta se allanó a que yo remontara en el ascensor de servicio, tomándome tal vez por nada menos que por el cobrador de la Higiénica. Llegué lo más cafisho a destino. Abrió la puerta del 3.º D un cocinero, que bien pudo pensar que mi objetivo era restituirle el pajizo, pero que resultó, sometido a examen, ser otro: el *chef* de la señora de Anglada. Lo engrupí con una tarjeta de Julio Cárdenas, en la que puse una figurita confidencial, cosa que la señora me diera paso creyendo que yo era Cárdenas. Al rato, dejando atrás piletas de lavar y heladeras, arribé a un saloncito en que usted goza de los últimos adelantos, como ser luz eléctrica y

canapé para la señora acostada, que le daba masaje uno de los japoneses y otro con pinta de foráneo le cepillaba el pelo, que era, como vulgarmente se dice, un ensueño de oro, y un tercero, que por lo aplicado y chicato debía ser profesor, iba poniéndole de plata las uñas de los quesos. La señora portaba sobre el cutis un batón de entrecasa y la sonrisa que lucía resultaba un timbre de honor para su mecánico dental. Los ojos claros me miraban como si fueran otros tantos amigos con pestaña postiza. Medio trastabillé cuando computé más de un masajista y a gatas pude mascullar entre los bigotes que el más pasmado con la zafaduría de la tarjeta era yo, que ni soñaba que le hubieran puesto el dibujo.

»—Esa figurita es un rico y no me venga con prejuicios —contestó la señora con una voz que me cayó como una barra de hielo en el estómago.

»Suerte que soy un hombre de mundo. Sin perder el conocimiento me puse a pincelar a toda furia un gran sinóptico del historial de Sportivo Palermo y tuve la bolada que los japoneses me corrigieran los errores más crasos.

»La señora, que para mí no es deportiva, nos interrumpió al rato largo:

»—Usted no vino para hablar como la radio que da los partidos —me dijo—. Para eso no se presentó nadando en la ropa con olor a bife a la criolla.

»Aproveché ese puente que me tendiera y le chanté con renovado brío:

»—¡*Goal* de River, señora! Mi móvil era hablar de la vista, o sea del libreto, que ustedes enfrentaron anoche. Un Gran Libro, Producto de un Cráneo Gigante. ¿No le parece?

»—Qué me va a parecer esa opiata. Nada, pero nada, le gustó a Telescopio Cárdenas.

»Me permití una mueca mefistofélica.

»—Esa opinión —le contesté— no me altera el metabolismo. Lo que yo hago hincapié es la promesa conjunta de que usted se va a emplear enteritis para que la S. O. P. A. filme mi vista. Júrelo y cuente con el eterno silencio de este hombre tumba.

»No tardé en obtener respuesta:

»—El eterno silencio es atacante —dijo la señora—. Si a una mujer lo que la vuela es que no reconozcan que valgo más que Petite Bernasconi.

»—Yo conocí un Bernasconi que los calzaba de horma 48 —le retruqué—, pero deje tranquilo el renglón zapatos. Lo que a usted le importa, señora, es colocar mi cinejoya en la S. O. P. A., no sea el diablo que un pajarito le vaya con el cuento a su señor esposo.

»—Ya me perdí —opinó la señora—. Para qué tuvo que decir lo que no le entiendo.

»El merengue se brindaba difícil, pero estuve a la altura.

»—Esta vuelta me va a entender. Hablo de la pareja delictuosa que usted compone con ese susodicho de Cárdenas. Es menudencia que puede interesar a su maridito.

»Mi frase bomba se apuntó un fiasco. Los japoneses se rieron que daba gusto, y la señora, entre la chacota, me dijo:

»—Para eso se costeó con la ropa grande. Si le va con la historia al pobre Carlos, le dirá chocolate por la noticia.

»Recibí el impacto como un romano. Apenas si atiné a manotear el sillón giratorio para no rodar insensible bajo el quillango. ¡La manganeta que yo labrara con tanto cariño, destruida, tristemente aventada, por el eterno femenino! Como decía el dientudo de la otra cuadra: con las mujeres es matarse.

»—Señora —le dije con la voz tembleque—, yo seré un incorregible, un romántico, pero usted es una inmoral que no recompensa mi desvelo de observador. Estoy francamente desencantado y no le puedo prometer que me repondré de este golpe en un término

prudencial.

»Mientras daba curso a estas palabras sentidas, ya me había encaminado hasta la puerta. Entonces, accionando con el rancho negro del cocinero, me di vuelta despacio para espetarle con amargura y dignidad:

»—Sepa que yo no pensé contentarme con que usted me apoyara para la vista; encima, iba a sacarle plata. Yo soñé que en ciertas esferas los valores se respetaban. Me equivoqué. Salgo de esta casa como he entrado, con las manos limpias. No se dirá que he percibido un solo vintén.

»Chantado que le hube estas verdades, me encasqueté a dos manos el rancho negro hasta tocar los hombros con las alas.

»—¿Para qué quiere plata si de cualquier modo es de familia mamarracho? —me gritó la oligarca desde el diván, pero yo había ganado la antecocina y no le oí.

»Le juramento que gané la salida en estado de avanzada efervescencia, con la materia gris hecha un ventilador y la transpiración que ya licuaba la pechera que me prestó el mozo nochero del Popolare.

»So pena de encrostar el indumento de mis patrocinantes, atravesé con rectitud de bólido humano el tráfico liviano de las dieciséis y tantas p.m., hasta perder presión. Diga lo que diga el positivismo, súbito se produjo el milagro: tranquilo, bonancible, profundamente bueno, humano en el más fecundo sentido de la palabra, pleno de perdón por todo lo creado, me encontré de golpe en la Pizzería Jardín Zoológico, embuchando como un hombre sencillo una temeridad de ensaimadas, que (seamos alguna vez sinceros) me sentaron más gustosas que todos los menús a la francesa de esta triste Mariana. Yo era como el filósofo encaramado al último travesaño de la escalera, que ve a sus semejantes como hormigas y se ríe ja ja. La consulta alfabética de la guía de los teléfonos argentinos me confirmó la dirección del joven Cárdenas, que yo sabía hasta el cansancio. Constaté un hecho que me olió feo: el miserable se domiciliaba en un barrio de lo más misho que se puede pedir. Pato, patógeno, patuso, dije con amargura. La penosa confirmación arrojaba un solo saldo favorable: Cárdenas vivía a la vuelta de casa.

»Confiado que los prestamistas del Popolare no me reconocerían fácil, en base a que yo portaba un vestuario que no era el habitual, repté como la solitaria frente a las propias puertas del mencionado establecimiento de restaurant.

»Entre el garaje de Q. Pegoraro y la fábrica de sifones registré *de visu* un inmueble de planta baja y proporciones netamente modestas, con sus dos balconcitos de imitación y la puerta con llamador. Mientras medía ese inmueble con la mirada, para insultarlo bien, abrió la puerta una persona de respeto, sexo femenino y calzado chancleta, que identifiqué, malgrado los años, como viuda de mi salvador y mamá de mi amigo. Le pregunté si Julito, en la ocasión, hacía acto de presencia. Lo hacía y pasé adentro. La señora me hizo revistar cuatro tinas locas y dijo no sé qué aburrimiento de que se estaba poniendo vieja (¡miren la novedad!) y que ya no servía más que para cuidar al hijo y a los jazmines. Así, entre insulseces, llegamos al comedor, que también daba al otro patio, donde alcancé muy pronto a verificar al mocito Cárdenas, que, favoreciendo a la producción extranjera, se hallaba ensimismado en el tomo 3 de la *Historia Universal* de Cantú.

»En cuanto la señora mayor se batió en retirada, le palmíe la espalda a Julio que casi sacó boleto para Cosquín con la tos de perro, y le espeté con el aliento encima:

»—¡Pum, pataplúm! Se descubrió el pastel y a vos, m'hijito, me parece que se te acabaron los cortes. Vengo a tributarte mi pésame.

»—Pero ¿de qué me habla, Urbistondo? —dijo tratándome por mi apellido, como si

no me conociera bastante para llamarme Catanga Chica.

»Con el propósito de ponerlo cómodo, me saqué la dentadura que me emprestara el pinche del Popolare y la descargué sobre la mesa, amenizando la maniobra con un festivo y alarmante guau-guau. Cárdenas vino de color ámbar pálido y yo, que veo bajo el agua, acaricié la viva sospecha que se iba a desmayar con el susto. En vez me convidó con un cigarrillo, que rechacé de plano, para aumentar la nota de suspenso y de alta zozobra. Pobre desorientado, venirme con cigarrillos a mí, habituado a rolar en el Buenos Aires residencial, por no decir en el piso de lujo de la señora de Anglada esa misma tarde, sin ir más lejos.

»—Llego directo a los concretos —le dije, anexando su cigarrillo—. Hablo de la pareja delictuosa que componés con una casada de nuestra élite. Es menudencia que puede interesar al maridito de la esposa de Carlos Anglada.

»Se puso mudo como si le hubieran rebanado la carne de la garganta.

»—Usted no puede ser tan miserable —me dijo al fin.

»Le jugué una risa bromista:

»—No me chumbes si querés sacarlo barato —le respondí con el amor propio picado—. O me concretás una interesante cuota en metálico, o la reputación de esa dama que mi pundonor se niega a nombrar quedará, *si você m'entende*, empañada.

»La gana de castigarme y el asco parecían disputarse la voluntad del pobre irresoluto. Yo estaba consagrado a sudar frío las ensaimadas que asumí frente al Zoológico, para no decir nada de un fideo fino que prestigió el almuerzo, cuando, ¡viva yo!, ganó el factor asco. El contrincante se mordió los labios y me preguntó, como hablando con otro sonámbulo, cuánto pedía. Pobre de él. No sabía que soy duro con los blandos y blando y servicial con los duros. Claro que, como sistema nervioso, mi primera consigna fue marcha atrás. Cegado por la propia codicia, no había previsto la pregunta u no podía materialmente salir a consultar a un asesor, de esos que nunca faltan en el Popolare, que me indicara la tarifa correcta.

»—Dos mil quinientos nacionales —dije de golpe, con la voz engrosada.

»Al ventajero se le demudó el color y en vez del correctivo que yo esperaba me pidió una semana. Yo soy el enemigo del pichuleo y lo emplacé a dos días vista.

»—Dos días. Ni un minuto, ni un día, ni un año más. Pasado mañana, a las diecinueve y cincuenta y cinco clavadas, en la cabina telefónica número dos de Constitución, te venís con el toco en un sobre. Yo llevaré un pilot de goma y clavel rojo en el ojal.

»—Pero, Catanga —protestó Cárdenas—, por qué nos vamos a costear si usted vive a la media cuadra.

»Comprendí su punto de vista, pero llevo por lema no aflojar.

»—En Constitución he dicho, pasado mañana, en la cabina dos. De no, no te acepto un centavo.

»Descargué esas palabras inexorables, lustré la dentadura con el tapete verde, me la calcé con un segundo guau-guau, y, sin darle tan siquiera la mano, salí rápido, como el que teme que se le enfríe la sémola.

»El lunes, a la hora combinada, cuál no sería mi sorpresa al encontrarme en plena Constitución con el mozo Cárdenas que, con el semblante severo, me hizo entrega de un sobre. Cuando lo abrí donde usted sabe, ahí estaba la plata.

»No sé por qué salí con la mente puesta en chorizo y en chocolate. Detuve en seco a un 38 y en mi calidad de uno de los 36 pasajeros sentados, pero parado, no cejé hasta que el coche de tranvía me repatrió en la esquina de Darragueira. La serata pintaba favorable:

como quien no quiere la cosa, me dejé caer en el Nuevo Parmesano, donde antes de encerrarme en la cama jaula quise festejar la victoria, recorriendo, sin tanto apuro, el renglón sopas. Pavesa, cultivadora y de arroz ya eran etapas superadas y el regusto de la buseca se abría camino entre la cebolla cuando, al portar a mis fauces un Semillón último modelo, vi que en la puerta giratoria se estaban riyendo unos masajistas. Previo examen me pudieron identificar: yo era el señor del saco inmenso, con olor a comida, que pasó a extorsionar a la señora Mariana y ellos los japoneses de la misma ocasión. Por el puro aburrimiento de comer solo y para dejar bien sentado que estaba en fondos, multipliqué las manifestaciones de afecto y antes que me pudiera desdecir, ya degustaban en mi mesa, en número de cuatro, el pastel de fuente. La torta pascualina los entretuvo mientras yo embolsaba la sémola. Los tintoreros meta Bilz, hasta que me dio un poquito de rabia la contumacia. Para inculcarles lo que es bueno pasé del vino Toro al vino Titán, regando el minestrón con sidra La Farruca. La raza amarilla, en las primeras de cambio, se hacía dura para seguirme, pero yo como fierro. A lo campeón de estilo pecho mandé a rodar de un saque circular los envases de Bilz, que a no ser por el calzado de doble suela usted se lastimaba los pieses. Medio acalorado, vaya usted a fantasear por qué, lancé mi primer guau-guau de la noche y emplacé al mozo a que fuera reponiendo los vidrios rotos con sus buenas botellas de espumante. ¡Lo que es conmigo van a aprender a distinguir un Moscato de un café con leche con medias lunas! les grité a mis amigos. Había elevado, lo confieso, la voz y los pobres nipones, aturullados, tuvieron que vencer la repugnancia y besar los golletes. ¡A beber tocan, a beber tocan! les gritaba con la cara encima este energúmeno, uniendo el ejemplo al precepto.

»¡El escorchador veterano, el farrista en forma, el gran bufón de las cuchipandas de Villa Gallinal, renacía en mí, formidable! Los pobres me miraban desinteresados. Yo no quise exigirles muy mucho esa primera noche, porque el japonista no tiene aguante y viene como embriagado con el mareo.

»El martes de mañana el mozo me dijo que cuando rodé por tierra los japoneses me cargaron y me dejaron en mi propia cama. Esa noche luctuosa manos desconocidas me aligeraron de dos mil quinientos pesos. La ley me amparará, tenté decir con la garganta, como lengua de loro y en menos tiempo que usted tarda en hacer unos buchecitos, ya estaba yo en la seccional auxiliando con franco desinterés a las fuerzas del orden. Señor Auxiliar, repetí, yo sólo pido que descubran al desorbitado que me robó los dos mil quinientos pesos y que me devuelvan el importe del hurto y que descarguen todo el peso del código sobre ese vil malandra. Mi petitorio era simple, como toda melodía arrancada a un gran corazón, pero el Auxiliar, que es un detallista que ama andar por las ramas, me vino con preguntas del todo ajenas y para las que yo, sinceramente, no estaba preparado. Sin ir más lejos ¡pretendió que yo le explicara el origen de ese dinero! Comprendí que nada bueno podría salir de esa curiosidad malsana y abandoné la comisaría a toda furia. A las dos cuadras, en el negocio que puso N. Tomasevich, que es la eminencia gris del Popolare, ¿con quiénes me topo? Cuando lo sepa le viene la conmoción cerebral. Con los japoneses, muertos de risa y con ropa nueva, que se estaban comprando bicicletas. ¡Un japonés en bici, hágame el obsequio! Infantiles, irremisiblemente infantiles, no sospechaban la tragedia que carcomía mi pecho de hombre y apenas contestaron con la risita al superficial guau-guau que les arrojé desde la otra vereda. Se alejaron a impulso del pedal, la urbe indiferente los tragó, sin una sola mueca.

»Yo vengo a ser como la pelota de goma, que cuando la patean, rebota. Luego de permitirme un alto en la ruta (cosa de atracar en mi mesita del Popolare, para cargar un litro

de sopa), llegué marcando un tiempo meritorio a la casa, por lo demás hipotecada, de Julio Cárdenas. El propio interesado me abrió la puerta.

»—¿Sabe, compañerazo —le dije, ensartándole el índice en el ombligo— que los dos ayer nos costeamos al puro ñudo? Así es, Julito, y no llore. Hay que ponerse a tono con la época, hay que ir a los papeles. El que no corre, vuela. Para que el asunto tome color me tenés que abonar la segunda cuota. Aprendete el guarismo de memoria: mangangases, dos mil quinientos.

»El punto vino de una tesitura terrosa que parecía el monumento a la miga y balbuceó no sé qué despropósito que no le quise oír.

»—Nuestra consigna debe ser no fomentar sospecha —le recalqué—. Mañana miércoles, a las diecinueve y cincuenta y cinco te espero en el pie de la estatua de D. Esteban Adrogué, en el foco suburbano del mismo nombre. Yo iré de rancho negro, prestado; vos podés agitar un diario en la mano.

»Salí sin darle tiempo en que me estrechara la mía. “Si mañana percibo”, me dije, “hago promesa de volver a invitar a los japoneses”. Esa noche casi no dormí con la gana de acariciar el papel moneda. El larguísimo día tocó a su fin. A las diecinueve y cincuenta y cinco en punto ya hacía un rato largo que circulaba, bajo el rancho negro de referencia, por los perímetros de la estatua. La lluvia, que a las diecisiete y cuarenta no superaba los ribetes de una persistente garúa, revistió contornos enérgicos a partir de las cuarentinueve y temí que el farol y el propio señor Adrogué, juguetes del pampero huracanado, se me pusieran de sombrero. Del otro lado de la plaza, cerca del eucalipto que no ostentaba ni un rato de sosiego, había todo un quiosco, que me brindaba un asilo precario, si me daba su venia el señor diariero. Otro menos de su palabra que yo no se hubiera quedado como tabla, desafiando los elementos y con el rancho negro medio pastoso, que me renegría la cara; el joven Cárdenas, digamos, que brilló por su ausencia. Hasta las veintidós no cejé, duro bajo la ducha, pero todo tiene su fin, hasta la paciencia de un santo. ¡La sospecha de que Cárdenas no venía mereció mi atención! Sin más aplausos que los de mi propia conciencia, me enrosqué, por fin, en el ómnibus. Al principio, las francas alusiones de los pasajeros que yo empapaba medio me distrajeron, pero no bien la embocamos en Montes de Oca intuí la plena magnitud del suceso: ¡Cárdenas, a quien no trepidé en llamar amigo, no había concurrido a la cita! ¡El famoso caso del ídolo que lleva pies de barro! Del ómnibus pasé al subterráneo y del subterráneo a casa de Cárdenas, sin tan siquiera plantificarme en el Popolare, a confortar el vientre con una sémola, a riesgo de que el personal me castigara por haber malgastado el rancho negro en teñir la cara y demás indumento. Con todos mis pieses y manos di en patear la puerta de calle, tonificándome para la empresa con mi ya clásico y violento guau-guau. El propio Cárdenas abrió.

»—El buen corazón rinde a pura pérdida —le espeté, calándolo hasta el osatura con una sola palmada—. Tu mentor financiero, tu segundo padre, meta esperar al pie de la lluvia y vos, inactivo, bajo techo. ¡Apreciá mi disgusto! Ya te creía moribundo, indispuerto (porque sólo un cadáver podía faltar a tu cita de honor) y aquí te vengo a sorprender más sano que una sopa de avena. Si es para escribir un libro.

»Me dijo no sé qué disparate, pero yo como si me hablara en inglés.

»—Si podés, ponete razonable —le dije con la cara encima—. ¿Qué fe puedo depositar en vos si entrás a fallar en las primeras de cambio? Si tiramos juntos, podemos recorrer un largo camino; de no, temo que el más negro fracaso ponga el punto final a nuestros sueños. Comprendé que no se trata ni de vos ni de mí, simple combinación de dos o tres átomos; se trata de dos mil quinientos pesos. A formar, a formar, se ha dicho.

»—No puedo, don Urbistondo —fue la respuesta—. No tengo plata.
»—¿Cómo no vas a tener si tuviste la vez pasada? —le contesté a vuelta de correo—. Sacá los pezzolanos de ese colchón que ha de ser como el cuerno de la abundancia.

»Medio dificultoso para hablar, al fin respondió:

»—La plata no era mía. La saqué de la caja de la empresa.

»Lo miré con asombro y asco.

»—¿Estoy departiendo, entonces, con un ladrón? —le pregunté.

»—Sí, con un ladrón —respondió esa pobre cosa.

»Yo me lo quedé mirando y le dije:

»—Pedazo de imprudente, no te das cuenta que eso me robustece. Mi soberanía ahora es incuestionable. Por un lado te domino con el desfalco a la empresa; por el otro, con las picardías de la señora.

»Lo último se lo espeté desde el suelo, porque ese débil de espíritu me estaba propinando una soba que bueno, bueno. Claro está que al ratito, con el mareo de la biaba, la arquitectura de la frase me salió deficiente y el pobre púgil, a duras penas, consiguió entender:

»—Pasado mañana... diecinueve y cincuenta y cinco... coronando la Plaza de Cañuelas... última tolerancia... dos mil quinientos de la nación distribuidos en sobre único... no me pegués tan fuerte... yo portaré pilot y clavel... a un amigo de tu viejo no le pegués tan fuerte... ya me sacaste la chocolata, date un respiro... sabés que soy inexorable... la función no se suspenderá por mal tiempo... andá con Borsalino tirando a verde...

»Lo último se lo espeté desde la vereda, porque hasta allí me acompañó a puntapiés.

»Recobré la vertical como pude, y aquí me caigo, aquí me levanto, gané la cucha, donde gocé de un sueño bien merecido. Me dormí con la cantinela: dos noches y dos días y soy dueño de dos mil quinientos curso legal.

»La tarde de la cita llegó por fin. A mí me barrenaba el sobresalto de que el paganini viajara en el mismo tren. Si la carambola se daba ¿qué hacer? ¿Caer en brazos uno del otro, retrasar el saludo hasta coronar la Plaza de Cañuelas, volver en diferente convoy o en el mismo convoy en diferente coche? Tanta incógnita interesante me daba fiebre.

»Respiré al no ver en el andén a Cárdenas, de Borsalino y con sobre. Qué iba a verlo a ese informal que no vino. Mismo que en Adrogué estuve de plantón en Cañuelas; en todos esos pueblos del sur no hace más que llover. Juré cumplir con el dictado de mi conciencia.

»Farfarello, al día siguiente, me recibió con la sonrisita glacial. Yo malicié que tenía miedo que lo viniera a amolar con mi cinejoya. Le quité la espina al respecto.

»—Señor —le dije—, me presento en carácter de caballero para depositar una delación. Usted computará lo que vale; en el peor de los casos medio me consolará la seguridad de haber cumplido con mi deber. Me inspira, le soy franco, el prurito de ganar la amistad de la S. O. P. A.

»El señor Farfarello me contestó:

»—Laconismo se llama la manera de ganar esa amistad. Para mí que le pegaron esa paliza para que se callara la boca, que más tiene de umbligo.

»El tono de confianza me hizo explayarme.

»—Usted, señor, alberga una serpiente en su seno. Ese ofidio es el empleado Julio

Cárdenas, conocido en el hampa por Telescopio. No le basta faltar a la moral en este severo recinto: con fines inconfesables les ha robado dos mil quinientos pesos.

»—La acusación es grave —me aseguró, con facha de perro—. Cárdenas ha sido, hasta ahora, un empleado correcto. Voy a buscarlo, para proceder al careo.

»Desde la puerta, agregó:

»—Usted tomó la precaución de venir ya golpeado, pero algún punto de la trompa le queda para que se la pongan como tomate.

»Me pregunté si Cárdenas no volvería a violentarse y me retiré, sin más, a la inglesa. Con el mismo empuje con que bajé de un saque los cuatro pisos, escalé un micro de la Corporación, formato gigante. Cosa de fenecer de rabia: si no pasa el rodado enseguida, asisto a un espectáculo jefe: Cárdenas, descubierto el desfalco, zambulle desde el cuarto piso del edificio propio de la S. O. P. A. y queda difundido en el pavimento como una tortilla Gramajo. Sí, señor, el tarado se suicidó, según usted mismo lo supo por la fotito que trajeron los vespertinos. Me perdí la función, pero una de nuestras grandes almas argentinas (mi hermano de leche, el doctor Carbone) tiente consolarme, observando, con lujo de detalles, que si yo me demoro, recibo en pleno coco los sesenta kilos de Cárdenas y el finado soy yo. Tiene razón el Momo Carbone, la Providencia está de mi lado.

»Esa misma noche, sin dejarme afectar por la deserción de mi socio, calcé el Birloco y remití una carta, de la que guardo copia, que usted no se escapará de escuchar:

Señor Farfarello:

De mi consideración: Aguardo de su proverbial hidalguía que usted confiese que al pintarle yo al grosso modo la negra delincuencia de Cárdenas, pensó que el encomiable celo que me inspira todo lo que respecta a la S. O. P. A., me impeliera acaso a cargar las tintas, formulando una «grave acusación», del todo ajena a mi carácter. LOS HECHOS HAN VENIDO A JUSTIFICARME. El suicidio de Cárdenas patentiza que mi acusación era exacta y no uno de tantos bolazos de fantasía. Una tenaz y desinteresada campaña, dirigida con suma prolijidad y a costa de desvelos y sacrificios me ha permitido, al fin, desenmascarar a un amigo. Este cobarde se ha hecho justicia por su mano, sustrayéndose al código, conducta que soy el primero en repudiar.

Sería lamentable de todo punto que la filmadora de que usted es digno gerente no reconociera mi labor en pro de la empresa, labor para la cual inmolé gozoso mis mejores años.

Suyo afectuosísimo,

(Sigue la firma)

»Confíada esa carta al buzón de toda confianza que revista frente mismo del Popolare, pasé cuarenta y ocho horas de alto voltaje, que no constituyeron, por cierto, el bálsamo de paz que el hombre moderno requiere, unos más y otros menos. ¡Lo que me aborrecieron los carteros! No le exagero si le juro que me puse insufrible y hasta cargoso, averiguando si no portaban carta particular a mi nombre, con el clásico membrete de la S. O. P. A. En cuanto me veían plantificado en la puerta ponían la carucha tan triste que yo adivinaba que la contestación no había llegado; no por eso renunciaba a interrogarlos a fondo y a pedirles inútilmente que volcaran el carterón en el primer patio, cuando no en el zaguán, para gozar yo mismo la sorpresa de encontrar el sobre esperado. No llegó, pucha digo.

»En vez llamó el teléfono. Era Farfarello para citarme esa misma tarde en el local propio de Munro. Me dije: “Mi carta bomba, de un calor tan humano, les ha llegado al tuétano”. Me preparé como para la noche de bodas; buches contra el aliento, tuse del pelo, lavada con jabón amarillo, ropa interior facilitada directamente por el personal del

Popolare, sacón a la medida del cocinero, guantes patito y un par de pezzutos en el bolsillo, para afrontar cualquier emergencia. Después, ¡al ómnibus! En la S. O. P. A. estaban Persky, Farfarello, el Pibe del Centro y el mismo Rubicante. También la Nena Nux, que yo pensé que era para el rol protagónico.

»Me equivoqué. La Nena Nux era para el papel de mucama, porque el de la muñequita social lo hizo, como ya a nadie le está permitido ignorar, Iris Inry. Me felicitaron por la carta, el doctor Persky se mandó discursito peso medio pesado, ponderando mi prueba de lealtad y procedimos a firmar la contrata y a descorchar al señor Arizu. Brindamos por el éxito de la producción, ya medio alegrones.

»La filmación relámpago se produjo en vastos escenarios naturales y en escenarios de Sorolla que, dijera el doctor Montenegro, “no acaba de ser un pincel, pero es, ya, una paleta”. El suceso, en el Centro y en los barrios, convenció a más de un pesimista que la quimera de un séptimo arte argentino no es a esta hora un imposible. Luego estrené *¡Se suicidó para no ir preso!* y después *La lección de amor en el Barrio Norte*. No se sonría hasta mostrar las caries molares; el último título no lo puse para publicar a los cuatro vientos los clásicos que me he corrido, y me corro, con la señora Mariana. *Au plaisir*, Ustáriz. Aquí tiene las plateas para la première de *Un hombre de éxito*. Me voy como si hubieran cocinado la sémola en nafta de aviación; no hay que hacer esperar a las damas.

Pujato, 21 de diciembre de 1950. Penumbra y pompa

Lo que son las cosas. Yo que siempre he mirado con suma indiferencia las sociedades benéficas y demás comisiones vecinales cambié de parecer cuando ocupé el sillón de tesorero de Pro Bono Público y me llovieron por carta las más generosas contribuciones. Todo marchaba que era un gusto, hasta que algún desocupado, que nunca falta, entró a sospechar y el doctor González Baralt, mi abogado, me despachó en el primer tren, a objeto de radiarme en la periferia. Cuatro días y cuatro noches me las arreglé como pude en un vagón correo, de esos que están como arrumbados en la localidad de Talleres. Por último el doctor González Baralt en persona acudió restregándose las manos para darme la solución: un cargo rentado en Ezpeleta, extendido a nombre supuesto. El domicilio de Ramón Bonavena, que yo visitara en mis tiempos de *Última Hora*, había sido consagrado museo que perpetuase nombre y memoria del novelista tronchado en plena madurez. Por una ironía del destino yo sería el curador.

El doctor González Baralt me prestó su barba postiza; le sumé unos anteojos negros y el uniforme de ordenanza que la investidura exigía y me dispuse, no sin justificada aprensión, a recibir la tanda de estudiosos y turistas que llegarían por bañadera. No apareció ni un alma. Como hombre de museo, experimenté la desilusión que es del caso; como fugitivo, un alivio. Ustedes no me creerán, pero metido en ese buraco me aburría notablemente, llegando a leer las obras de Bonavena. Para mí que el cartero me salteaba; en tanto tiempo, ni una carta, ni un folleto de propaganda. Eso sí, el personero del doctor me traía mi sueldo a fin de mes, cuando no el aguinaldo, previo descuento de los gastos de viático y representación. Yo ni me asomaba a la calle.

No bien me anoticié de la prescripción, estampé unas palabras fuertes en el gabinete, como quien se despide para siempre; acondicioné en una balsa lo que el apuro me dejó rapiñar, la cargué al hombro, hice dedo en la esquina y me reintegré a Buenos Aires.

Algo raro había sucedido, que yo no terminaba de pescar, algo que flotaba en el ambiente de la metrópolis, un vago no sé qué, un aroma que me asechaba y que me rehuía: la ochava se me antojaba más chica y el buzón más crecido.

Las tentaciones de la calle Corrientes —pizzería y mujer— me salieron al paso: como no soy de los que escurren el bulto, las acogí de lleno. Las resultas: a la semana me encontré, como se dice vulgarmente, sin fondos. Por increíble que parezca, busqué trabajo, a cuyo fin tuve que recurrir, infructuoso, al amplio círculo de mis familiares y amigos. El doctor Montenegro no pasó de un espaldarazo moral. El P. Fainberg, como era de prever, no quería materialmente apearse de su mesa redonda pro la poligamia eclesiástica. Ese compañero de todo momento, Lucio Scevola, no me dio ni la hora. El cuoco negro del Popolare rechazó de plano mis tratativas para ingresar como marmitón en el mismo y, con hiriente sorna, me preguntó por qué no aprendía a cocinar por correspondencia. Esa frase, arrojada al desgaire, ofició de centro y pivote de mi triste destino. ¿Qué otro resorte me restaba, les averiguo, que el eterno retorno a las estafas y al grosero cuento del tío? Confesarelo: más fácil fue tomar la resolución que ponerla en práctica. Primer recaudo, el nombre. Por más vuelta que le di a la cabeza, me revelé del todo incapaz de encontrar otro que el ya tristemente famoso Pro Bono Público. ¡Su eco zumbaba todavía! Para tomar coraje me acordé que un axioma del comercio recomienda que no se cambie la marca. Vendido que hube a la Biblioteca Nacional y a la del Congreso siete juegos completos de la obra de Bonavena, más dos bustos en yeso del aludido, tuve que desprenderme del sobretodo cruzado que me prestase el guardavía de Talleres y del olvidado paragua que uno siempre sustrae del guardarropa, para abonar a satisfacción el importe de sobres con membrete y papel de carta. El asunto destinatarios lo despaché mediante una selección hecha a dedo, en una guía de teléfonos que me facilitó un vecino y que en virtud de su estado francamente rasposo no pude colocar en plaza. Reservé el remanente para estampillado.

A continuación procedí hasta el Correo Central, donde hice mi entrada como un bacán, recargado de correspondencia hasta el tope. O la memoria me fallaba o el recinto aquel se había expandido de modo remarcable: las escalinatas de acceso conferían su majestuosidad al más infeliz, las puertas giratorias lo mareaban y casi lo tiraban al suelo, para recoger los paquetes; el cielo raso, obra de Le Parc, daba vértigo y hasta miedo de caerse para arriba; el piso era un espejo de marmolina, que me lo reflejaba patente, a usted, con todas sus verrugas; la estatua de Mercurio se perdía en los altos de la cúpula y acentuaba el misticismo propio de la repartición; las ventanillas recordaban otros tantos confesionarios; los empleados, allende el mostrador, cambiaban cuentos de loros y solteronas o jugaban al ludo. Ni un alma en el sector reservado al público. Centenares de ojos y anteojos convergieron en mi persona. Me sentí bicho raro. A efectos de acercarme tragué saliva y requerí de la ventanilla más próxima el estampillaje pertinente. Fue yo articular la demanda y fue darme la espalda el funcionario, para consultar con sus pares. Tras cabildeos levantaron entre dos o tres una trampa que había en el piso y me explicaron que iban a correrse hasta el sótano, donde guardábase el depósito. Volvieron a la postre por la escalerita de mano. Dinero en pago no aceptaron, prodigándome una porción de estampillas, que más me hubiera valido dedicarme a la filatelia. Usted no me creerá: no las contaron. De haber previsto esa baratura, no vendo los bustos de yeso y el sobretodo. La mirada buscaba los buzones y no daba con ellos; ante el peligro de que la autoridad se arrepintiera de no haber aceptado el importe, opté por una retirada inmediata, para pegar en casa el franqueo.

Paciente en la piecita del fondo, fui pegando con saliva las estampillas, que enteramente les faltaba la goma. Ya había cantado el penúltimo gallo, cuando me aventuré a la esquina de Río Bamba, con una porción de cartas listas para el despacho. Allí campea,

como ustedes recordarán, uno de esos buzones peso pesado que ahora se estilan y que ya algunos feligreses habían adornado con flores y con exvotos. Di la vuelta en su alrededor, buscándole la boca, pero por más que giré no encontré el menor resquicio para infiltrar las cartas. ¡Ninguna solución de continuidad, ninguna hendija, en tan imponente cilindro! Noté que un vigilante me miraba y emprendí la vuelta al hogar.

Esa misma tarde recorrí el barrio, tomando la precaución, eso sí, de salir sin bulto aparente, para no despertar la suspicacia de las fuerzas del orden. Por inverosímil que ahora parezca, me sorprendió que ni uno solo de los buzones inspeccionados presentara boca o ranura. Apelé a un cartero con uniforme, que sabe pavonearse por Ayacucho y que ni le hace caso al buzón, como si ya no tuviera nada que ver. Lo convidé con un cafecito, lo rellené con especiales, lo saturé de cerveza y cuando lo vi con las defensas bajas me animé a preguntarle por qué los buzones, cuya vistosidad yo era el primero en destacar, no presentaban boca. Grave, pero no compungido, me contestó:

—Señor, el contenido de su encuesta supera mi capacidad. Los buzones no tienen boca, porque ya no les ponen correspondencia.

—Y usted ¿qué hace? —yo le interrogué.

Me respondió insumiendo otro litro:

—Usted, señor, parece olvidar que habla con un cartero. ¡Qué puedo saber yo de esas cosas! Me limito a cumplir con mi deber.

Ni un dato más pude sacarle. Otros informantes que provenían de los más diversos extractos —el señor que atiende a los búfalos en el Jardín Zoológico, un viajero que terminaba de venir de Remedios, el cuoco negro del Popolare, etcétera— llegaron a decirme, cada cual por conducto separado, que en su vida habían visto un buzón con boca y que no me dejara marear por semejantes fábulas. El buzón argentino, repitieron, es una erección firme, maciza, una y sin cavidad. Me tuve que rendir a los hechos. Entendí que las nuevas generaciones —el señor de los búfalos, el cartero— hubieran visto en mí un antiguallito, uno de esos que traen a colación rarezas de un tiempo que ya no vige y me llamé a silencio. Cuando la boca calla, el seso bulle. Discurrí que si no funciona el correo, una mensajería privada, ágil, desprejuiciada, apta para canalizar la correspondencia, sería bien recibida por la opinión y me reeditaría ingresos pingües. Otro elemento positivo era, a mi ver, que la propia mensajería puesta en acción cooperaría a propagar los embustes del redivivo Pro Bono Público.

En la oficina de marcas y señales, donde acudiese a registrar a tambor batiente mi acariciado engendro, flotaba una atmósfera bajo muchos aspectos similar a la del Correo: idéntico silencio sacerdotal, idéntico ausentismo de público, idéntico sinnúmero de oficinantes para atender a éste, idénticas demoras y abulia. A la larga me expidieron un formulario en que dejé estampada mi ponencia. No haberlo hecho. Ese punto fue el primer paso de mi *vía crucis*.

Entregado que hube mi formulario percateme de un movimiento general de repulsa. Unos me dieron francamente la espalda. A otro la cara se le distorsionó a ojos vistas. Dos o tres formularon con franqueza improprios y pifias. El más indulgente me señaló, con corte de manga, la puerta giratoria. Nadie me extendió recibo y yo entendí que más me valiera no reclamarlo.

De nuevo en la seguridad relativa de mi domicilio legal, determiné aguantármela hasta que encalmara el ambiente. Al cabo de algunos días obtuve, en préstamo, el teléfono del señor que pasa las quinielas y me comuniqué con mi confesor jurídico, el doctor Baralt. Éste, deformando un poco la voz, cosa de no comprometerse, me dijo:

—A usted le consta que yo estuve siempre de parte suya, pero esta vuelta usted se nos ha extralimitado, Domecq. Yo defiendo a mi cliente, pero el buen nombre de mi estudio está por encima de casi todo. Nadie lo creerá: Hay porquerías que no apaño. La policía anda en su búsqueda, mi desventurado ex amigo. No insista y no importune.

A renglón seguido cortó la comunicación con tanta energía, que me destapó la cera de la oreja.

La prudencia me encerró con llave en mi cuarto, pero a los pocos días el más tupido comprende que si la distracción escasea el miedo echa raíces y, jugándome el todo por el todo, tomé la calle por mi cuenta. Erré sin brújula. De pronto constaté con el corazón en la boca que me enfrentaba con el Departamento Central de Policía. No me alcanzaron las dos piernas para asilarme en el primer salón de peluquería donde, ya sin saber lo que formulaba, pedí que me afeitaran la barba, que era postiza. El oficial peluquero resultó ser don Isidro Parodi, con el guardapolvo blanco y de cara en buen estado de conservación, aunque un tanto bichoco. No oculté mi sorpresa; le dije:

—¡Don Isidro, don Isidro! Un hombre como usted está perfectamente bien en la cárcel o a una considerable distancia. ¿Cómo se le ha ocurrido instalarse frente al propio Departamento? Ni bien se descuida, lo buscan...

Parodi me contestó con indiferencia:

—¿En qué mundo vive, don Pro Bono? Yo estaba en la 273 de la Penitenciaría Nacional y un buen día noté que las puertas habían quedado a medio abrir. El patio estaba lleno de presos sueltos, con la valijita en la mano. Los guardiacárceles no nos llevaban el apunte. Volví para recoger el mate y la pava y me fui arrimando al portón. Gané la calle Las Heras y aquí me tiene.

—¿Y si vienen a detenerlo? —dije con un hilo de voz, porque pensaba en mi propia seguridad.

—¿Quién va a venir? Todo es una pura bambolla. Nadie hace nada, pero hay que reconocer que se respetan las apariencias. ¿Se fijó en los biógrafos? La gente sigue concurriendo, pero ya no dan vistas. ¿Se fijó que no hay fecha sin que una repartición no deje el trabajo? En las boleterías no hay boletos. Los buzones no tienen boca. La madre María no hace milagros. Hoy por hoy, el único servicio que funciona es el de las góndolas en las cloacas.

—No se me abata —le supliqué—. La Gran Rueda del Parque japonés prosigue girando.

Pujato, 12 de noviembre de 1969. **Las formas de la gloria**

La Plata, 29 de mayo de 1970. Señor Jorge Linares

University of New York

New York, N. Y.

U. S. A.

Querido Linares:

Aunque nuestra larga amistad de criollos desterrados en el Bronx me ha demostrado hasta el cansancio que en realidad no se te puede clasificar de chismoso, mucho te pido que en lo que se refiere a esta carta, de índole *puramente* «confidencial», te conviertas en una tumba. ¡Ni una palabra al doctor Pantoja, ni a la irlandesa que sabemos, ni a la barra del *campus*, ni a Schlesinger, ni a Wilkinson! Por más que hace ya una quincena que nos despedimos en Kennedy, apostaría que te acordás a grandes rasgos que el doctor Pantoja me dio el empujoncito para que la Fundación Mackensen me despachara a entrevistar a

Clodomiro Ruiz, que en el presente se mudó a La Plata. El propio Pantoja y yo descontábamos que mi peregrinación a las fuentes redundaría de inestimable valor para el apronte de mi tesis; pero ahora veo que la cosa trae sus bemoles. Ya sabés: ni una palabra al mudo Zulueta.

A la semana de llegar, me largué con suma impaciencia a Gualeguaychú, la querida patria chica de Ruiz, desde donde el poeta escrupulosamente firma la totalidad de su bibliografía. Mi primera pesquisa la realicé mientras daba cuenta de un tonificante café con leche, mano a mano con el patrón del hotel, hombre democrático y llano que se avino, sin rebajarse, a conversar con un servidor. El señor Gambartes me dijo que los Ruiz eran gente antigua en la zona, que habían llegado cuando la intervención que mandó Yrigoyen y que el más relevante de la familia no era Clodomiro, sino Francisco, apodado el Remiendo, dada su indumentaria. A continuación tuvo la deferencia de acompañarme a la media cuadra, hasta la casona de los Ruiz, que resulto más bien una tapera de esas que se van derrumbando sin la ayuda del hombre, cascotazo por cascotazo. La puerta de acceso, para darle ese nombre, estaba clausurada, porque el señor Gambartes me explicó que desde muchos años los Ruiz habían tomado «el camino de Buenos Aires» y que el primero en irse fue Clodomiro. No desaproveché la ocasión para hacerme fotografiar por un chico, a quien le confié la máquina para que nos sacara, al hotelero y a mí, frente mismo a la casona. Pienso que esta auténtica foto constituirá otro mérito, y no de los menores, de mi libro, cuando la universidad lo entregue a la imprenta. Va adjunta una ampliación, que valora la firma de ambos modelos. Yo hubiera querido salir con un mate en la mano, pero invertir capital en el mismo no entraba dentro de mi plan de gastos.

Como Julio Camba estampase en *La rana viajera*, la vida del turista es una seguidilla de hoteles. En cuanto me regresé a Buenos Aires di en instalarme en un hotel de la Plaza Constitución, cosa de preparar mi próximo viaje a La Plata, que realicé por micro.

El señor colectivero, que estuvo a punto de chocar con un colega en sentido contrario, me facilitó la dirección de Clodomiro Ruiz, que resultó ser vecino suyo y que valoró con su firma de puño y letra. Una vez en la ciudad de Estudiantes de La Plata, poco tardé en ponerme en campaña. Llegué a 68 y Diagonal 74. Este dedo, que no se desanima tan fácil presionó el timbre. A las cansadas me abrió la cocinera en persona. ¡El señor Clodomiro estaba en casa! Encima me faltaba atravesar el zaguán y el patio para encararme con el estimable poeta. Una frente, unos lentes, una nariz, la típica boca de los buzones; detrás, la biblioteca del estudioso, con *El Jardinero Ilustrado* y con la colección Araluce. En primer plano, la silueta que propende a la esfera, con un saco de lustrina. El entrevistado no se incorporó del mullido asiento, donde se mantuvo como una plasta y me indicó el banquito de pinotea. Le mostré la carta de la Fundación, mi pasaporte, las instrucciones de Pantoja y —*not least*— el papel que había garabateado el señor del micro. Los cotejó con el mayor escrúpulo y me dijo que me podía quedar.

Al cabo de una charla informal para calentar el motor, le expuse el verdadero móvil de mi visita que no le cayó mal. Sin más ambages le aclaré como pude mi propósito de escribir una monografía tratante de él para que lo conocieran a todo lo ancho de Norteamérica, tan siquiera en el ambiente universitario. Pelé mi birome y la libreta con tapa de hule. Un minuto de búsqueda y localicé el cuestionario que preparara con Pantoja en Harvard. Sin más lancé la interrogante:

—¿Dónde nació y la fecha?

—El 8 de febrero de 1919, en Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos.

—¿Sus padres?

—Un vigilante de la 17, que lo ascendieron a político, y una señora de Resistencia, que bajó por el Paraná.

—¿Su primer recuerdo?

—Una marina, en marco de terciopelo, con incrustaciones de nácar para copiar la espuma.

—¿Su primer recuerdo?

—Un ladrón de gallinas que me inició en los misterios de ese arte.

—¿Su primer libro?

—*Recado para don Martiniano Leguizamón*. Un éxito de estima en la zona y que rebasó la General Paz. Fuera de los recortes de práctica me quedan los laureles del Premio Iniciación para la clase del 19, que me di el gustazo de compartir con mi compañero de premio Carlos J. Lobatto, tempranamente hurtado a la gloria, cuando feneciese un lustro después de la publicación de *Huevo de tero*.

—¿Cómo vivió, Maestro, su galardón?

—Con el sano entusiasmo del bisoño que arriesga su primer manotazo. La prensa se mostró deferente, aunque no siempre distinguiendo mi ensayo leguizamónico, un perfil crítico, de las payadas y pavadas del extinto.

—¿Qué otra consideración le sugiere ése, su primer fruto?

—Ahora que me está haciendo la pregunta calculo que el asunto tiene más vueltas, que si usted no se agarra bien se marea. Ahí empezó de veras el embrollo. Nunca lo hablé con nadie, pero otra cosa es con usted, que viene de una zona tan alejada, que para mí no vige, qué le vamos a hacer. Le abro de par en par mi corazón, para que usted escarbe a su antojo.

—¿Está por darme una primicia? —le cuestioné.

—Usted será el primero y el último que oír lo que hoy le digo. Alguna vez el hombre quiere desahogarse. Más vale hacerlo con un ave de paso, con un fulano que se disparará como el humo de la última pitada. Al fin y al cabo un ciudadano decente, aunque viva de la estafa y del peculado, quiere que triunfe la verdad.

—Dice bien, pero me atrevo a confortarle que ya son muchos los que calamos hondo en su producción y que amamos, de la manera más correcta, si usted me entiende, al hombre que ese farrago nos revela.

—Merecidas. Pero mi deber es prevenirle que usted ha puesto el dedo hasta el sobaco en el ventilador. Mire, si no, lo que me vino a pasar con aquel libro. Por compartir el premio con el otro, ya quedé para siempre acollarado con el finado Lobatto y sus décimas, que eran de tesitura folklórica. Yo había usado la palabra *recado* en el sentido de mensaje o misiva, que tuvo su auge años atrás, pero los profesores y los críticos, todos a una, lo interpretaron como la típica montura de nuestro gaucho. Malicio para mí que los descaminó una confusión con las trovas nativistas de Lobatto. Para satisfacer la expectativa que esa auspiciosa recepción suscitara, escribí a todo vapor mi segundo aporte: *Querencias judías*.

Con todo orgullo me animé a interrumpirlo.

—Hay veces que el discípulo conoce la obra del maestro más que el maestro. Usted se trabucó feo en el título. Con el transcurso de los años la memoria sinceramente se desgasta. Cierre los ojos y recuerde. Su libro, su propio libro, se llama *Querencias judías*.

—Así dice la tapa. La verdad, la verdad que hasta ahora he sepultado en mi fuero interno, es que la trabucaron feo los de la imprenta. En vez de *Querencias judías*, que es lo que yo había puesto en la papeleta, pusieron en la portada y en la cobertura *Querencias*

judías, error que, en el apurón del momento, se me pasó por alto. Resultante: la crítica me embanderó como vate de las colonias israelitas del barón Hirsch. ¡Y yo que no los puedo ver a los rusos!

Pregunté lastimeramente:

—Pero ¿cómo? ¿El señor no es un gaucho judío?

—Es como hablar con la pared. ¿No acabo de aclararle el asunto? Le digo más: yo concebí mi libro como un mazazo contra esos chacareros y mercachifles que arriaron con el gaucho de ley, sin consentirle ni un resuello. Pero es matarse; nadie puede nadar contra la corriente. Acaté como un caballero el fallo del destino, que no voy a negarlo, me significó no pocas satisfacciones legítimas. Retribuí sin tardanza. Si usted coteja con su lupa la primera edición y la segunda, no tardará en percibir en la última algunos versos que ponderan a esos mismos labradores y comerciantes que mecanizasen el agro nacional. A todo esto, mi fama se incrementaba, pero escuché la campanilla estridente del llamado telúrico y no me hice de negar. Meses después la Casa Editorial Molly Glus me publicó el folleto conciliador *Claves del neo-jordanismo*, fruto de investigación y de celoso ardor revisionista. Sin menoscabo del respeto que nos merece la figura de Urquiza, me zambullí en las aguas del jordanismo, do ya braceara José Hernández, que se hiciese llamar por los familiares el Gaucho Martín Fierro.

—Bien me recuerdo de la lectura que dio el doctor Pantoja ponderando sin asco su trabajo sobre el Jordán, que no trepidó en igualar con la *Autobiografía del Nilo*, del no menos hebreo Emil Ludwig.

—Dale Juana con la canasta. Por lo visto ese doctor Pantoja le calzó las anteojeras y usted no se las saca ni a los tirones. Mi folletín se refería al crimen del Palacio San José y usted me viene con sus ríos foráneos. Como dijo el poeta: Cuando la suerte se inclina ya no hay nada que hacer. Hay veces que arrastrados por el vértigo nosotros mismos le hacemos el juego a nuestra mala estrella. Sin darme cuenta, yo también coadyuvé. Con el prurito de clasificarme como crítico de fuste, di a luz un enfoque centrado y personal sobre *La Bambina* y *La mula* de Luis María Jordán. Este libro se interpretó como una continuación reforzada del anterior sobre el mismo río.

—Le capto, señor —exclamé golpeándome en los pechos—. Cuente conmigo. Me entregaré de lleno al trabajo de enano que exige la verdad. ¡Repondremos las cosas en su quicio!

Lo vi francamente fatigado. Casi me quedé estupefacto cuando me dijo:

—Piano, piano y no se me desmande. En su defecto le voy a aplicar una multa por exceso de velocidad. Le hablé como le hablé en la confianza de que llegada la hora usted pusiera los puntos sobre las íes, pero ni un minuto antes. Usted da un paso prematuro, difunde que no soy el que me toman y me deja en la estratósfera. Trátase de un asunto delicado. ¡Caminar sobre huevos es la consigna! La imagen que remonta la crítica (su doctor Pantoja, pongo por caso) siempre vige más que el autor, que es a gatas un *primum mobile*. Si derriba la imagen, me derriba. Soy hombre al agua. Ya me ven como el aeda de las colonias; o me ven así o no me ven. ¡Quítele el mito al hombre moderno y le quita el pan que mastica, el aire que respira y la yerba Napoleón que le recomiendo! Por consiguiente y por ahora, soy el cantor rusófilo que el profesorado supone. Tengo su palabra y retírese. Cuanto menos bulto, más claridad.

Salí como propelerado a patadas. Análogo al que pierde la fe, busqué asilo en la ciencia. Exhibiendo el carnet de universitario me infiltré en el museo. Momentos hay que no se transmiten fácil. De pie ante el gliptodonte de Ameghino hice mi examen de

conciencia, no en vano. Comprendí que Ruiz y Pantoja, que acaso nunca se confundirían jamás en un mismo abrazo fraterno, eran dos bocas de una sola verdad. La famosa cadena de malentendidos había resultado, en realidad, la gran confirmación. La imagen que proyecta el escritor vale más que su obra, que es una miserable basura, como todo lo humano. ¿A quién puede importarle en el mañana que el *Recado* sea un juicio crítico y que el neo-jordanismo tenga su fuente en *La Bambina* de López Jordán?

Un caluroso abrazo a los merzunes. En cuanto a vos, paso a recomendarte de nuevo que Cayetano es buen amigo. Mis obsecuencias a Pantoja a quien le escribiré largo y tendido, ni bien me despabile.

Hasta el retorno se despide,

Tulio Savastano (h.)^[4] **El enemigo número 1 de la censura**

(*Semblanza de Ernesto Gomensoro para hacer las veces de prólogo a su Antología*)

Sobreponiéndome al sentimiento que el corazón me dicta, escribo con la Remington esta semblanza de Ernesto Gomensoro, para hacer las veces de prólogo a su *Antología*. Por un lado, me trabaja la grima de no poder cumplir de un modo cabal con el mandato de un difunto; por el otro, me doy el gustazo melancólico de retratar a ese hombre de valía que los pacíficos vecinos de Maschwitz aún hoy recuerdan bajo su nombre de Ernesto Gomensoro. No olvidaré fácil aquella tarde en que me acogiera, con mate y bizcochitos, bajo el alero de su quinta, no lejos de la vía del tren. La causante de que yo me costease hasta esos andurriales fue la natural conmoción de haber sido objeto de una tarjeta dirigida a mi domicilio, invitándome a figurar en la *Antología* que por entonces incubaba. El fino olfato de tan remarcable mecenas despertó mi siempre despabilado interés. Además quise tomarle al vuelo la palabra, no fuera a arrepentirse, y decidí llevar de mano propia la colaboración, para evitar las clásicas demoras que suelen imputarse a nuestro correo.^[5]

El cráneo glabro, la mirada perdida en el horizonte rural, la anchurosa mejilla de pelambre gris, la boca por lo general provista de bombilla y mate, el pulcro pañuelo de mano bajo el mentón, el tórax de toro y un liviano traje de hilo a medio planchar constituyeron mi primera instantánea. Desde el sillón de hamaca de mimbre, el conjunto atractivo de nuestro anfitrión complementose presto con la voz campechana que me indicó el banquito de cocina para que me sentase. A efectos de pisar terreno firme, agité a su vista, ufano y tenaz, la tarjeta-invitación.

—Sí —articuló con displicencia—. Mandé la circular a todo el mundo.

Semejante sinceridad me entonó.

En tales casos la mejor política es congraciarse con el hombre que fuera nuestra suerte en las manos. Le declaré con suma franqueza que yo era el reportero de artes y letras de *Última Hora* y que mi verdadero propósito era el de consagrarle un reportaje. No se hizo de rogar. Escupió verde para aclarar el garguero y dijo con la llaneza que es ornato de las figuras próceres:

—Avalo su propósito de corazón. Le prevengo que no le voy a hablar de la censura, porque ya más de uno anda repitiendo que soy temático y que la guerra contra la censura se ha vuelto mi única idea fija. Usted me rebatirá con la objeción de que hoy por hoy son pocos los temas que apasionan como ése. No es para menos.

—Si lo sabré —suspiré—. El pornógrafo más desprejuiciado observa cada día una nueva traba en su campo de acción.

Su respuesta me dejó sin otro recurso que abrir la boca.

—Ya maliciaba yo que usted agarraría para ese lado. Le reconozco a toda velocidad

que poner cortapisas al pornógrafo no tiene mucho de simpático que digamos. Pero ese caso tan cacareado no es más, qué azúcar y qué canela, que una faceta del asunto. Tanta saliva gastamos contra la censura moral y contra la censura política, que pasamos por alto otras variedades que son, con mucho, más atentatorias. Mi vida, si usted me permite llamarla así, es un ejemplo aleccionante. Hijo y nieto de progenitores que fueron invariablemente bochados por la mesa de examen, me vi abocado desde niño a las más diversas tareas. Fue así que me arrastró la voráGINE de la escuela primaria, del corretaje de valijas de cuero y, en ratos robados a la fajina, de la composición de uno que otro verso. Este último hecho, en sí carente de interés, avisó la curiosidad de los espíritus inquietos de Maschwitz y no tardó en correr y agrandarse de boca en boca. Yo sentí, como quien ve subir la marea, que el consenso del pueblo, sin distinción de sexo ni edad, recibiría con alivio que yo comenzara a publicar en periódicos. Apoyo semejante me impelió a mandar por correo, a revistas especializadas, la oda *¡En camino!* Una conspiración del silencio fue la respuesta, con la excepción honrosa de un suplemento que me la devolvió sin más.

»Ahí puede ver el sobre, en un marco.

»No me dejé desanimar. Mi segunda carga asumió una naturaleza masiva; remití a no menos de cuarenta órganos simultáneos el soneto *En Belén* y después, continuando el bombardeo, las décimas *Yo alecciono*. A la silva *La alfombra de esmeralda* y al ovillejo *Pan de centeno*, les cupo, usted no me va a creer, idéntica suerte. Tan extraña aventura fue seguida, con suspenso simpático, por las autoridades y personal de nuestra estafeta, que se apresuraron a divulgarla. La resultante fue previsible; el doctor Palau, ornato y fuste si los hay, me nombró director del director del suplemento literario de los jueves del diario *La Opinión*.

»Desarrollé esa magistratura civil durante casi un año, cuando me echaron. Fui, por sobre todo, imparcial. Nada, apreciable Bustos, me viene a intranquilizar la conciencia a las altas horas. Si una sola vez di cabida a un hijo de mi musa —el ovillejo *Pan de centeno*, que desató una persistente campaña de solicitadas y anónimos— lo hice bajo el socorrido seudónimo de *Alferez Nemo*, con alusión, que no todos captaron, a Julio Verne. No fue sólo por eso que me enseñaron el camino de la calle; no hubo bicho viviente que no me endilgara la culpa de que la hoja de los jueves era más bien el tarro de la basura o, si usted prefiere, la última roña. Aludían, a lo mejor, a la ínfima calidad de las colaboraciones expuestas. La inculpación, a no dudar, era justa; no así la comprensión del criterio que me oficiara de brújula. Más náusea que a los peores Aristarcos me sigue dando la retrospectiva lectura de aquellos papeluchos sin ton ni son, que yo sin tan siquiera hojearlos confiaba al señor regente de los talleres gráficos. Le hablo, como usted ve, con el corazón en la mano: pasar del sobre al linotipo era todo uno y yo ni me tomaba el trabajo de averiguar si eran en prosa o verso. Le pido que me crea: mi archivo atesora un ejemplar en que se repite dos o tres veces la misma fábula, copiada de Iriarte y firmada de manera contradictoria. Avisos de Té Sol y de Yerba Gato alternaban gratuitamente con el resto de las colaboraciones, sin que faltara alguno de esos versitos que los desocupados dejan en el cuarto de baño. Figuraban también nombres femeninos de la mayor espectacularidad, con el número de teléfono.

»Como ya lo olfatease mi señora, el doctor Palau terminó por montar el picazo y me dijo dando la cara que la hoja literaria sanseacabó y que no me podía decir que me agradecía los servicios prestados, porque no estaba para bromas y que me fuera al trote.

»Le soy sincero; para mí el despido debe atribuirse, por increíble que parezca, a la publicación fortuita de la notable silva *El malón*, que revive un episodio muy querido en la zona, la devastadora incursión de los indios pampas, que no dejaron títere con cabeza. La

historicidad del flagelo ha sido puesta en duda por más de un iconoclasta de Zárate; lo indiscutible es que insufló los gallardos versos de Lucas Palau, martillero y sobrino de nuestro director. Cuando usted, joven, esté por tomar el tren, que le falta poco, le mostraré la silva aludida, que la tengo en un marco. Yo la había publicado, según mi norma, sin fijarme en la firma ni en el texto.

»El bardo, me dijeron, arremetió con otras versadas que esperaron su turno y que no salieron, porque nunca dejé de respetar el orden de arriba. Adefesio sobre adefesio las iba postergando; el nepotismo y la impaciencia rebalsaron la copa y entonces fue que tuve que encontrar la puerta de salida. Retíreme.

A lo largo de esta tirada, Gomensoro hablome sin amargura y con evidente sinceridad. En mi rostro se pintaba el recogimiento del que contempla un chancho volando y tardé mi buen rato en articular:

—Seré un obtuso, pero no lo capto de lleno. Quiero entender, quiero entender.

—Todavía no le sonó la hora —fue la respuesta—. A lo que veo, usted no es de esta zona entrañable de todos mis amores, pero por lo obtuso (para repetir su dictamen, no menos objetivo que severo) bien podría serlo, por no haber entendido ni jota de lo que le estoy remachando. Un testimonio más de esa incomprensión difundida fue que la Comisión de Honor de los juegos Florales, que tanto lustre dieron a nuestra pujante localidad, me ofreció ser jurado de los mismos. ¡No habían entendido ni jota! Como era mi deber decliné. La amenaza y el soborno se estrellaron contra mi decisión de hombre libre.

En este punto, como quien ha suministrado ya la clave del enigma, rechupó la bombilla y se encastilló en su fuero interior.

Cuando agotó el contenido de la pavita, me atreví a susurrar con voz de flauta:

—No termino, mi jefe, de comprenderlo.

—Bueno, se lo pondré en palabras a su nivel. Quienes socavan con la pluma las bases de las buenas costumbres o del Estado no desconocen, quiero creerlo, que expónense a pelarse la frente contra el rigor de la censura. El hecho es incalificable, pero comporta ciertas reglas de juego y el que las infringe sabe lo que hace. En cambio veamos lo que pasa cuando usted se apersona a una redacción con un original que es, por donde se lo quiera mirar, un verdadero fárrago. Lo leen, se lo devuelven y le dicen que se lo ponga donde quiera. Le apuesto que usted sale con la certeza de que lo han hecho víctima de la censura más despiadada. Supongamos ahora lo inverosímil. El texto sometido por usted no es una cretinada y el editor lo toma en consideración y lo manda a la imprenta. Quioscos y librerías lo pondrán al alcance de los incautos. Para usted, todo un éxito, pero la insoslayable verdad, mi estimable joven, es que su original, mamarracho o no, ha pasado por la horcas caudinas de la censura. Alguien lo recorrió, siquiera *de visu*; alguien lo juzgó, alguien lo depuso en el canasto o se lo enjaretó a la imprenta. Por oprobioso que parezca, el hecho se repite de continuo, en todo periódico, en toda revista. Siempre nos topamos con un censor que elige o descarta. Eso es lo que no aguanto ni aguantaré. ¿Comienza usted a comprender mi criterio cuando la dirección de los jueves? Nada revisé ni juzgué; todo halló su cabida en el Suplemento. En estos días el azar, en forma de una súbita herencia, permitírame al fin la confección de la *Primera Antología Abierta de la Literatura Nacional*. Asesorado por la guía del teléfono y otras, me he dirigido a todo bicho viviente, inclusive a usted, solicitándole que me mande lo que le dé la real gana. Observaré, con la mayor equidad, el orden alfabético. Esté tranquilo: todo saldrá en letras de molde, por más mugre que sea. No lo retengo. Ya estoy oyendo, me parece, las pitadas del tren que lo reintegrará a la diaria fajina.

Salí tal vez pensando que quién me hubiera dicho que esa primer visita a Gomensoro resultaría, qué le vamos a hacer, la última. El diálogo cordial con el amigo y maestro no se reanudaría otra vuelta, por lo menos en este margen de la laguna Estigia. Meses después lo arrebató la Parca en su quinta de Maschwitz.

Repugnante a todo acto que involucrara un mínimo de elección, Gomensoro nos dicen barajó en una barrica los nombres de los colaboradores y en esa tómbola salí yo el agraciado. Me tocó una fortuna cuyo monto superaba mis más brillantes sueños de codicia, bajo la sola obligación de publicar a la brevedad la antología completa. Acepté con el apuro que es de suponer y me di traslado a la quinta, que antaño me acogiese, donde me cansé de contar galpiones, atestados de manuscritos que ya orillaban la letra C.

Caí como herido del rayo cuando conversé con el imprentero. ¡La fortuna no alcanzaba para pasar, ni en papel serpentina y letra de lupa, más allá de *Añañ*!

Ya he publicado en rústica todo ese tendal de volúmenes. Los excluidos, de *Añañ* para adelante, me tienen medio loco a pleitos y querellas. Mi abogado, el doctor González Baralt, alega en vano, como prueba de rectitud, que yo también, que empiezo con B he quedado afuera, para no decir nada de la imposibilidad material de incluir otras letras. Me aconseja, en el ínterin, que busque refugio en el Hotel El Nuevo Imparcial, bajo nombre supuesto.

Pujato, 1.º de noviembre de 1971. La salvación por las obras

I

Le doy mucha razón a mi colega de oficina don Tulio Savastano, que esta mañana estaba como fuera de sí con el entusiasmo de ponderar la fiesta ofrecida las otras noches por la señora Webster de Tejedor, a una vasta porción de sus amistades, en su residencia de Olivos. El que innegablemente asistió en persona a la fiesta fue José Carlos Pérez, figura de gran desplazamiento social con el apodo de Baulito. Escaso de cogote, fornido dentro de la ropa ajustada, bajo pero paquete y elástico, un patotero estilo guardia vieja, famoso por el mal genio y por las trompadas, el Baulito es por derecho propio un elemento popular y querido en todos los círculos, particularmente donde haya coristas y caballos.

Don Tulio, por el mismo hecho de llevarle los libros, goza de franco acceso a la casa de nuestro héroe, donde ha conseguido infiltrarse en las dependencias de servicio, sin perdonar la recepción ni el sótano de la bodega. Por el momento el Baulito le otorga toda su confianza y le revela, bajo forma de confidencia, entretelón que bueno, bueno. Hablo con fundamento; en cuanto lo divisó a don Tulio, me lo apestillo y no lo dejo en paz hasta sonsacarle los chismes de la víspera. Paso a la última hornada; esta mañana Savastano, para sacarme de algún modo de encima, puntualizó:

—Creer o reventar: el Baulito, que aunque parezca grupo se fatigó de la Tubiana Pasman, ahora le ha echado el ojo a la señorita Inés Tejerina, que viene a ser sobrina carnal de la señora de Tejedor, que dio el baile. La Tejerina es una preciosura de gran desplazamiento social y es rica y es joven. Le hace caso al Baulito; a veces ganas no me faltan de ir al Instituto Pasteur para que me apliquen una inyección contra la envidia. Pero el Baulito sabe lo que hace; quiere que las mujeres sean esclavas del déspota que lleva en la sangre y para tenerla en línea se puso a festejar en el baile a María Esther Locarno, una pariente pobre de la Tubiana, que dejó en lontananza a una juventud que nunca fue agraciada. La murmuración general concuerda en sostener que tiene otros defectos y peores. Estas cosas las sé porque me las dijo el propio Baulito, mientras contestaba una

carta al club de boxeo y yo le pasaba la lengua por el estampillado.

»Todo salió como una jugada del Gran Maestro ajedrecista Arlequín. La Tejerina estaba fula y el Baulito gozaba como si le hicieran cosquillas. Un detalle que le hizo gracia fue que la María Esther no le correspondió mayormente. Apreciá, si podés, el disparate: la mujer más desairada de la reunión haciéndole asco a ese candidato de lujo que es el Baulito. La Tejerina se aguantó como pudo, porque al fin y al cabo le han dado una educación esmerada; pero a las tres y quince de la mañana no resistió y la vieron salir corriendo y llorando. Hay quien alega que la culpa fue de empinar el codo, pero el consenso más generalizado es que lloraba por despecho, porque lo quiere.

»Cuando fui a verlo al otro día, me lo encontré radiante al Baulito, dele rebote y salto en el trampolín de su pileta. A usted le daba gusto.

II

El miércoles reanudamos el diálogo. Savastano llegó con algún atraso, pero un servidor ya le había marcado la tarjeta. El hombre se reía como un aviso y en la solapa destacaba un clavel que ni el señor Zamora. Confidencia va, confidencia viene, me dijo:

—El Baulito anoche me consignó en el bolsillo una fuerte suma, con el objeto que adquiriera en la florería de la Avenida Alvear un ramo de claveles para la señorita Locarno y lo llevara en propia mano. Suerte que un familiar es florero en la Chacarita y que me hizo un precio; con la diferencia me aboné el viaje.

»La señorita vive en los altos de una casa en Mansilla, esquina Ecuador, que la planta baja es un relojero. Subido que hube la escalera de mármol con la lengua de fuera, la propia interesada me abrió la puerta. La reconocí de inmediato por corresponder en un todo a la descripción del Baulito. La cara era de pocos amigos. Le entregué los claveles con la tarjeta y me preguntó por qué el señor Baulito se había molestado. Agregó que para no fatigarme ella cargaría con la mitad y me encargó, sin darme cinco, que llevara el remanente, con su tarjeta, a la señorita Inés Tejerina, que se domicilia en Arroyo. No tuve más remedio que obedecer, no sin antes reservar algunos claveles para mi señora, que es tan afecta. En lo de Tejerina, el propio portero se hizo cargo del sobrante.

»Cuando le narré mi odisea, el Baulito dictaminó con una sencillez de alto vuelo, que me trajo a la memoria al señor Zarlenga: “Me gustan las mujeres que no se rinden al primer topetazo”. Acotó que la tal Locarno no tenía un pelo de sonsa y que la remisión de las flores era todo un acierto para hacerla rabiarse y patalearse a la Tejerina.

III

Hasta la semana que viene Savastano se encastilló en uno de esos grandes silencios que presagian el nubarrón. Al fin le sonsaqué, a trueque de un Salutaris, lo sucedido. Explicolo:

—No pasa un día que yo no me presente en el piso alto con los claveles. Como sabe repetir el Padre Carbone, la historia se repite. Más de media hora tarda la señorita en abrir; ni bien me reconoce, me cierra en las narices la puerta, no sin antes pasarme una tarjeta. Dará que se la refriegue a la Tejerina y ya ni tan siquiera curiosease por qué el señor Baulito se molestó.

»Hay más. Anteayer, en la mansión de Arroyo, el encargado de la librea me hizo pasar a la salita con un Figari, que era un verdadero candombe, y al rato la Tejerina me deslumbró con esos ojos enormes que derramaban lágrimas. Me dijo que por más que se golpeaba la cabeza contra las paredes del *living*, no acababa de entender lo que sucedía y

que a veces pensaba que estaba a punto de perder la razón. Encima sentía el odio de esa mujer a la que nunca le hizo nada. Vez que telefoneaba al Baulito, vez que le colgaba el teléfono. Le contesté que si me remuneraba decorosamente, podía contar con un amigo desinteresado. Me adelantó una luca y salí. Qué distinta de la Locarno, reflexioné.

»Ayer, al atracarme a lo de Locarno con el ramo de práctica, una sorpresa me aguardaba. La señorita ni se comidió a abarajarlo y desde el escalón de más arriba me gritó que ya estaba harta de esos embelecocos que hay que ponerlos en agua y que la mañana siguiente no me arriesgara a presentarme sin una oferta sólida, un anillo de oro con esmeralda, de esos que están en la vidriera de la joyería Guermantes. A la tarde el Baulito en persona se emperró en efectuar él mismo la compra, con lo que me privó de la comisión. Entregué con todo éxito el donativo, que se lo enrosqué en el dedo anular de la uña cachaza. Antes de encaminarme a la oficina le di la fausta nueva al Baulito, que me recompensó con éstos de a mil. Andamos en la buena, como usted ve.

IV

En la tenida subsiguiente Savastano siguió con su folletín:

—Envalentonado por el suceso del anillo, el Baulito se prendió del teléfono. Desde la puerta oí su voz máscula, que parecía un caramelo que preguntaba si le había gustado el anillo. Trastabillé a continuación cuando reconocí los improperios de esa ingrata sin alma, que le aconsejaba que le diera alguna vez un descanso al tubo y enseguida se lo colgó.

»El Baulito lanzó una carcajada que no le salió convincente y me zampó otro mil para despistar.

»Bien dicen que el porfiado saca mendrugo. Lejos de amilanarse en lo más mínimo, el Baulito, de punta en blanco, empuñó su temido bastón de varilla de ballena y me ordenó seguirlo para ver cómo un caballero arregla esas cosas. Como una sombra lo seguí con gran expectativa.

»Junto con el Baulito subió a lo de la Locarno el viejo relojero holandés, para entregar un despertador. Cosa de no congestionar el acceso, me mantuve en la base de la escalera, como quien campaneaa. La puerta abriose hospitalaria. Desfigurada por la ira asomó la Locarno. Un guiño de la dama y el vejete, que no sabía que tenía que habérselas con un tigre del cuadrilátero, lo tomó por los hombros al Baulito, lo sostuvo en el aire y lo tiró escaleras abajo, donde lo abarajé apurado, no fuera que nos cascaran a los dos. El vigilante que acudió se hizo humo con el bastón y el rancho. El Baulito se incorporó como pudo y nos perdimos de vista en el primer taxi. En la puerta de su relojería, el pobre viejo, con su cara de queso de bola, se reía como un bendito.

V

Nuestro moderno Shahrazade, Savastano, retomó así la crónica:

—El Baulito, por cuyas venas corre pasta de vencedor, me ordenó, desde la nueva cama ortopédica, la inmediata compra de un reloj pulsera, de oro catorce, para alhajar aún más a la Locarno. Las radiografías habían cantado bien claro: cuatro costillas rotas, amén de las magulladuras en la calvicie y del yeso hasta el fémur; pero, ya se ve, el Espíritu se sonríe de la Materia.

»Estaba dándome la plata cuando sonó el teléfono. “Ha de ser la Locarno, que se inquieta por mi accidente”, intuyó, seguro, el Baulito. Se equivocaba. En la otra punta del hilo estaba nada menos que el secretario de Deportes, para ofrecerle la presidencia del Círculo de Box. No me creerán: el Baulito no se hizo de rogar.

»Una vez afuera me entró la comezón de reanudar mi vieja amistad con el Pardo Salivazo. ¡Cuántas queridas y olvidadas memorias del Nuevo Imparcial! El hombre sabía parar en la esquina de Sarmiento y Ombú; ahí lo encontré, unos toques tordillos en la melena, la cara ya surcada de arrugas y, como quien dice, más sucio, pero el gran muchacho de siempre. Para no andar con vueltas, le pregunté de entrada si no me acompañaría, mediante un estipendio a fijar, en una misión delicada. El Pardo, que para mí estaba mamado, dijo que sí.

»Ante la escalera fatal, el Pardo, que en el momento menos pensado se enfunda en su egoísmo, abúlico, manifestó que hasta arriba no iría y se puso a charlar con un vecino, que resultó ser relojero y el de la última vez. Yo subí trepidante con la pulsera, que la había adquirido previamente en el Emporio Reducidor. Mi dedo aún hesitaba ante el timbre, cuando la Locarno se asomó por casualidad, con el propósito de baldear la escalera. Le indiqué el obsequio y lo recibió, remarcando que de hoy en adelante preferiría billetes en efectivo, y procedió sin más al baldeo.

»El relojero me franqueó la entrada de su local, me convidó a secar la ropa contra la estufita de kerosén, para lo que me desvestí. De ínterin, charlamos. El relojero me confió que la señorita Locarno era de uso corriente en la parroquia, y que él y un negro eran los únicos que la habían desatendido, por ser hombres de hogar.

»A su debido tiempo nos fuimos. Salivazo, en la calle, me devolvió la cartera, previniéndome sin rodeos que él ya había cobrado. Me vi forzado a regresarme a patacón por cuadra.

VI

—Esta mañana, en lo del Baulito, un enfoque nuevo. ¡La residencia, sin perdonar la fosa de engrase, iluminada a giorno! El ansia de saber me acució escaleras arriba. ¡Otra sorpresa! El Baulito, blandiendo el más ufano cigarro de hoja, estaba levantado. Me dijo que tenía buenas noticias y, fraterno, me desafió a que las adivinara.

»—¿El sí de la Locarno? —susurré.

»—Todavía no, pero en cuanto se entere me da vía libre. Por obra y gracia de los intrigantes de siempre, la presidencia del Círculo de Box quedó en nada, pero en su reemplazo me han ofrecido algo de mayor jerarquía en el organigrama: la Subsecretaría de Cultura. ¡La dignidad, el sueldo, los negociados!

»Yo malicié que cuando llueve todos se mojan, le hice la venia. El Baulito siguió:

»—Ni a usted se le escapará, Savastano, que yo no pesco mucho de cultura, pero por suerte cuento con un ladero que ha escarbado en estas macanas de pe a pa: hablo, como usted barrunta, del sargento Fonseca, domiciliado en una cochería de Tres Sargentos. Lo voy a nombrar mi brazo derecho y usted, para no perder posiciones, va a tener que esmerarse con la Locarno. Como primera cuota, yo había pensado en remitirle diez mil del ala; pero ¡qué embromar! hay que ponerse a la altura del acontecimiento del día. Doblo la puesta.

»Me entregó un sobre con el nombre y la cifra en letras y números. Tras una palmadita con la muleta, me dijo: ¡Abur!

»A una mujer como la Locarno yo le saco el sombrero. Abrió sin más el sobre, contó bien la suma y me ordenó que al día siguiente pasara más temprano. Acto continuo vino el consabido portazo. Póngase, don Bustos, en mi lugar. Tuve que volver sin recibo. De haber sabido yo lo que iba a pasar, rompo el sobre y me quedo con diez lucas, que me hubieran venido como llovido del cielo.

VII

—En la Dirección de Cultura la ceremonia fue suceso. El Baulito leyó a los tropezones la galana palabra que Fonseca y yo le redactamos entre los dos. El champagne y los sándwiches pululaban. Al ministro que es, como yo, de Independiente, le arranqué la promesa de una embajada. El Baulito, luego de la conferencia de prensa, tomó una decisión que lo pinta de cuerpo entero: me delegó para llevarle el sobre a la Locarno y para anunciarle que esa misma tarde, a las seis p.m., arribaría en coche oficial para leerle el discurso que cosechara tanto aplauso. Partí hacia el deber, no sin lamentar que Fonseca se quedara dueño del campo y que captara, mediante la adulación, el favor del oficialismo presente. La Locarno, como era de esperar, se quedó con la plata pero por mi interpósita persona le previno al Baulito que si se presentaba en su casa lo esperarían el viejo relojero sin compasión.

VIII

—A las nueve hice mi acto de presencia en la Dirección de Cultura. Esa vuelta Fonseca me madrugó; el Baulito ya tenía a la firma el ante-proyecto para la primera edición de Jornadas Folklóricas Provinciales, a celebrarse en ciudades capitales de nuestro interior. Yo, pisándole los talones, deslicé un borrador de nota para elevarle a la Intendencia, proponiendo, de acuerdo a un sentir más actualizado, cambiar de nombre algunas calles. El señor Baulito le echó un vistazo. La autopista Repatriación de los Restos y la Avenida Hormiga Negra merecieron su atención preferente. Tanta fajina hubiera dejado de cama a cualquiera, pero el señor Baulito no amainó y, cuando me silbaba el estómago, se entregó por entero a su tarea específica. Preparó, como un Napoleón, su plan de batalla. Empezó porque yo la llamara por teléfono a la señora de Tejedor y le dijera que hablaba desde la Comisión de Cultura. Después él mismo manoteó el tubo y le habló con esa llaneza que es monopolio de altas esferas. Le rogó interceder ante la señorita Locarno, mediante una comisión que iba a interesarle. No se otorgó un resuello. Inició un viraje de noventa grados y se puso al habla con monseñor De Gubernatis. Le fue explicando a calzón quitado el asunto, lo fletó de visita a lo de Locarno, en compañía de su abogado, el doctor Kuno Fingermann y le prometió que, si había casorio, le encargaría la ceremonia, sin pedirle rebaja en el presupuesto. Rápido telefonazo al ruso redondeó el laburo de la mañana. A Fonseca y a mí nos dio el coche oficial, para que attenti vigiláramos el cometido de esos dos figurones.

»Nos encontramos en la puerta. Fingermann, el más ansioso del holocausto, personalmente tocó el timbre. Apenas entreabrió la señorita, monseñor metió pierna por la rendija y bendijo la casa. Nos metimos adentro, yo cerrando la retaguardia. El tufo de la tallarinada, que Fonseca y un servidor portábamos en cazuela de barro y las botellas con canasta de Chianti, que monseñor iba extrayendo de la sotana, medio la desarmaron a la Locarno, que nos convidó a la cocina. A nadie le faltó su banquito y el mantel de hule no tardó en exhibir toques de tuco y vino. Nos acodamos antes de la una y quedamos pegados hasta las cinco. La Locarno no soltó una sola palabra, pero comió como un reloj. Un silencio imponente, que destacaba la masticación de los cinco, hizo que nadie hablara. Saciada la barriga, monseñor entró a perorar. Con la elocuencia que da el púlpito, le propuso a la Locarno la blanca mano de Baulito que, amén de una fortuna personal, ya considerable, estaba percibiendo un sueldazo en la Avenida Alvear. Los anillos correrían por cuenta del Baulito y él procedería a la santa unión de la nueva pareja, secundado por la

radio en cadena y la TV. El doctor Kuno Fingermann circuló fotocopias que eran la prueba de que monseñor se había mantenido, *grosso modo*, dentro de la verdad; agregó que su cliente no era amarrete y que le pasaría antes de fin de mes la cifra que ella quisiera, sin perjuicio de un adelanto, para el que Savastano y Fonseca traían la chequera. La Locarno, que ya se había guardado mi sobre, aceptó una suma inicial que por poco nos da un espasmo. Cuando se declaró satisfecha con esas tratativas preliminares, la Locarno dijo que en un punto no daría su brazo a torcer. Nos previno bien alto que no le volviéramos a hablar en su perra vida del señor Pérez, que era un plomo y que ni loca lo esposaba. Monseñor y el Kuno se retiraron un ratito para deliberar sobre el inesperado giro del asunto. Cuando volvieron se confesaron vencidos por las razones de la dama. En la despedida no hubo amargura. Quedamos en reunirnos otra vez, para otra tallarinada con Chianti.

IX

—Al recorrer el diario, esta mañana, don Bustos, casi caigo redondo con la sorpresa. Después hice memoria. Ayer, de vuelta de la comilona, yo me había quedado dormido en la piecita, cuando sonó el teléfono. Era Pérez, que en la confianza de la amistad me puso como palo de gallinero, porque Fonseca ya le había contado lo que pasó. Me prometió que a monseñor y al Kuno se les iban a acabar los cortes, con una reprimenda igual a la mía. Los amigos le habíamos fallado y él había tomado la decisión, por increíble que parezca, de tratar cara a cara con la Locarno. Yo seguía abotagado con el sueño y con los tallarines y lo escuché como quien escucha llover. Esta mañana, al ver la noticia en letra de molde, recordé la telefonada y reviví con emoción la voz del energúmeno. En grandes ocasiones uno saca coraje quién sabe cómo. Sostenido por la casualidad, me largué solo a la calle Mansilla. La señorita Locarno me aseguró que si ella hubiera sospechado lo que iba a suceder, se traga la lengua y no lo rechaza. Vamos a ver qué había ganado. Ya no recibiría el cheque de cada día y el Baulito, con el apuro de pegarse el balazo, a lo mejor no le dejaba nada en el testamento. En esas palabras sentidas, oí con la consternación que es de suponer, mi propia sentencia.

»Un egoísta como Pérez, que se suicida porque un bagre no le lleva el apunte, es capaz de olvidar, en el supremo instante, a quienes lo han servido y lo han aguantado.
Pujato, 7 de diciembre de 1971. **Deslindando responsabilidades**

A instancias reiteradas del autor, que se llama Mejuto, hago un lugarcito en mi boletín al curioso informe Vida y obras del Molinero, que nos ha llegado por correo aéreo y marítimo. H. B. D. *Vida y obras del Molinero* No sin un dejo de razón, algunos impulsivos, arrebatados por el más encomiable de los celos, han pretendido dar por tierra con el reciente opúsculo del doctor Puga y Calasanz: *Rebusco en torno a las composiciones que por lo común se atribuyen a Maese Pedro Zúñiga, apodado asimismo el Molinero*. Grande por cierto ha sido el escándalo de la prensa zaragozana, máxime en el *Pregón de Pretilla*. En hecho de verdad, no era para menos el caso. Apoyado en la erudición enjundiosa y en el acumen imparcial, el tesorero Puga acaba de probar que gruesa parte del querido volumen que la Casa Rivadeneyra consagrarse ¡en pasta española! a nuestro Molinero es realmente obra de plumas menores, cuando no impertinentes. No hay tutía. Fuerza es negarle al Molinero los sabrosos romances de recio sabor popular *Quesillos y requesones, De conejo el escabeche* y *Gran señora es la toronja* que hicieron las delicias de don Marcelino Menéndez y Pelayo y de tanto otro crítico sagaz. Sin embargo, no arriemos demasiado pronto el pendón: tras la doliente merma se trasluce un fenómeno positivo, que nos

robustece como el que más: ESTAMOS EN PRESENCIA DEL MOLINERO. Barrida la hojarasca, se erecta ante nuestros ojos el Hombre.

Bien es verdad que la discusión sigue en pie. Ningún iconoclasta, ni tan siquiera el mismo Calasanz, se atreverá a negar que interrogado el Molinero sobre la presunta maternidad de *Quesillos y requesones*, replicó en tozudas palabras que ha eternizado el bronce: «¿No se trata acaso de versos? ¿No es el poeta el que hace versos? ¿No soy yo el poeta?».

Examinemos con ponderada flema la cosa. El diálogo, según lo testimonia el Padre Buitrago, tuvo lugar el 30 de abril de 1799; *Quesillos y requesones* ya figuraba en el *Cancionero baturra* del 2 de enero de 1721, vale decir unos treinta años antes del nacimiento de Zúñiga. Inútil prolongar el debate. Cabe no olvidar, sin embargo, que Garrido ha detectado en el episodio un rasgo platónico: el Molinero, generoso y abierto, ha visto en los poetas al Poeta y desinteresadamente ha anexado el romance de marras. Brava lección para nuestro desorbitado egoísmo.

Antes de acometer el escrutinio que la gravedad del caso requiere, sea nuestra primera diana un saludo al prócer que supo discernir y publicar la cuantiosa labor, dispersa entonces, de Maese Pedro Zúñiga, el Molinero. Nos referimos, claro está, al conde de Labata. Henos, pues, en 1805. El conde señorea las tierras de pan llevar que ciñen las roquedas de Guarra; Zúñiga, humilde, no desaprovecha las aguas que rotan su molino. En el silencio aldeano tañe. Algo que nunca desentrañaremos ocurre. Quizás la brama de un laúd, tal vez el canto de sirena de una zampona, acaso el verso repetido al desgaire y que el eco prodiga. El torreón secular no ha sido óbice. Labata, embelesado, cede al reclamo. La voz plebeya le conmueve hasta las entrañas más íntimas. Desde esa hora, cuya fecha precisa el calendario avaro nos hurta, el prócer no tendrá más horizonte que divulgar las trovas emanadas del pecho del villano. La fama apresta sus coronas. La letra de molde pulula: *La Hoja de Alberuela* brinda al bisoño su más franca hospitalidad; *El Faro de Ballobar* no siempre le excluye. Decididamente la cumbre del Parnaso corre a su encuentro. El conde, ufano, traslada a su protegido a la corte. Honores y saraos. Jovellanos dale un beso en la frente.

Tales bien merecidas alharacas no nos apartarán del tranco tranquilo que nos hemos fijado para este lance. Nadie, por singular que parezca, ha reparado hasta hoy en el más abultado de los rasgos del Molinero: su dominio ingénito de la lengua, su soberbio desdén de todas las leyes retóricas, aun de las promulgadas por él. Así en el pláceme que dirigiera al señor Larrañaga, elevado a suplente de la Academia:

Al que remude una vozle darás con la bastona. En el primero de estos versos, ya clásicos, el apresurado lector columbrará una sinalefa, figura repudiada por el afinado oído de Zúñiga; en el segundo, la palabra *bastona* puede entorpecer el andar. Dos conjeturas tientan al estudioso. Una que la palabra *bastona*, de manejo ahora infrecuente, constituye una reliquia preciosa del habla de la época, siquiera en los más rústicos aldeaños; otra, la que mejor se compadece a su recia índole, es que el Molinero quiso afirmar, de una vez por todas, que la lengua era suya y que él la acomodaba al arbitrio de su talante.

Cierta vez un dómine pedantesco, de esos que nunca faltan, le echó en cara algún verso que, si nos atenemos a la sinalefa, resultaría mal medido. Famosamente Zúñiga replicole: «¿Mal medido? ¿Mal medido? Le conté con las dedas». El comentario huelga.

Si bien católico castizo a macha martillo, el Molinero no desoyó los bocinazos democráticos que aturdían el siglo. Sintió la democracia profundamente, aunque la galicada palabra, si alguna vez la oyese, le asqueara *ad nauseam*. Desde el principio recabó para

cada letra su plena independencia. Vaya este par de muestras del formidable aragonés. Trátase, según es patente, de versos que el estragado gusto de nuestro tiempo, insensible a su música, no entonará con plena eufonía. El primero, bajo el seudónimo de Garduña, corresponde a la pieza que intitulase *Aviso respetuoso al Señor Alcalde de Magallón*. Reza el octosílabo:

Se te huele, Manuel que por de contado debemos escandir:

Se/te/hu/e/le,/Ma/nú/el. Otro ejemplo, aún más arrollador, es el que copiamos:

Acude, alada hembra(El que zancuda). El aleccionado lector escandirá de esta suerte:

A/cu/de/a/la/da/hem/brá. ¿Pensar que el modernismo de Rubén, tan cacareado por la crítica de ultramar, no se arriesgó jamás a tales bizarrías y alardes?

Aquí de un testimonio fehaciente. Campea en la segunda columna de la página decimonónica del boletín anónimo *El complutense*, año de 1795, que los eruditos más aplomados vacilan en atribuir a la pluma del Padre Terranova. Transcribimos el párrafo de la hoja arrancada al ejemplar que sin tardanza devolvimos a la Biblioteca Episcopal de Alicante.

«Hallándose en la corte el sujeto Zúñiga, que es de uso apellidar el Molinero, asistió este último a la lectura de un ovillojo del marqués de Montúfar, que juzgó defectuoso en la medida. El marqués, hombre de pocas pulgas, le endilgó: “Chitón, so animal”».

En llegando a este momento decisivo el texto queda trunco. Cuán tremenda habrá sido la reacción, cuando no las puñadas, de nuestro Molinero, que el cronista, aunque oculto en la anonimidad, no se ha animado a registrarla ni tan siquiera a sugerirla en un leve guiño o indicio. Ciertamente, no soñaré en suplir lo que falta; la carne se engallina.

Pasemos en el acto a un episodio marcial, que está a la altura de los *Disparates* de Goya. El general Hugo, durante el curso infausto de la vandálica invasión napoleónica, entró en el caserío de Labata, donde el conde de igual apodo recibíolo con suma hospitalidad, para dar al gabacho^[6] una lección de rancia cortesía. Apenas el insólito caso tuvo cabida en los oídos de Zúñiga, éste halló modo de allegarse a la presencia del malhadado extranjero. Cuál no sería el asombro del mismo al columbrar al gigantesco gayán tratando de besarle el anillo y gritando, mientras bailoteaba una jota:

—*Oui, oui, musiu.* ¡Viva Napoleón!

Otro ejemplillo. A partir de mil ochocientos cuarenta y tantos, la estampa que nos hacemos de su figura es la de un gigantón que en la diestra empuña el garrote y en la zurda el pandero con sonajas. Según se sabe, la imaginación popular da siempre en el blanco. No embargante, la única vera efigie que suministra la *editio princeps* de sus obras, publicada en 1821 por su hermano de leche, Pedro Paniego, es la de un hombre de apocada estatura, ojos amodorrados, nariz roma y provista de una librea de tela basta, con botonería de bronce. ¡El artista, no menos que el Padre Terranova en su cronicón, hurta el cuerpo a la robusta verdad y apostata del pincel!

Nuestra pluma, en cambio, se regodea en entregar a la imprenta el lance que registra el *Acopio de pullas y de gracejos* (Madrid, 1934) de don Julio Mir y Baralt. Ni un adarme que añadir al saleroso texto que exhumamos; el hecho luce en su integridad más cabal:

«De paso el Molinero por Jaca, unos bribonazos le divisaron de palique en la calle con un sujeto de modales muy distinguidos y, para hacer burla de su simplicidad, le gritaron:

»—¿Hombre, con qué hombre estás?

»A lo que Zúñiga, sin demudarse ni perder la color, replicoles al punto:

»—Con *Rebajino*.

»Púdose luego averiguar que se trataba de un comisionista de quien él esperaba, simple, obtener alguna *rebaja*».

Otra instancia de pro que nos alzaprima. Al propio Calasanz, que algunos tildasen de culpada y mal encubierta ojeriza, harto bien se le alcanza, según lo pone de relieve la pág. 414 del citado *Rebusco*, que el entremés *A buen toro mejor buey*, de Cornejo, atesora no pocas líneas de la propia dehesa del Molinero. *Primus inter pares*, el imponente endecasílabo, que aún ahora sobrecoge y espanta a los auditorios:

Saco la espapapapapapada que los actores, arredrados por tamaña valentía, redujeron a:
Sasasaco la espapapapapapada como en día de hoy retumba en las tablas.
Espapapapapapada pinta en nuestro caletre la imagen descomunal del montante.^[7]

Mencionaremos, para finiquitar, una hipérbole sugerida por el nombre plural de Behemot, que la Escritura (*Job*, XL, 10) da al hipopótamo y que vale por animales: el Molinero confiere al garañón que endilgó una atrevida coz al conde de Jaca, el gallardo verso que le helaba la sangre a don Marcelino:

es más grande que dos o tres conejos. ¡Así rumiaba el Molinero la Palabra de Dios, unciéndola a su carro de vencedor, cuando lo reclamaba la Musa! ¡Y pensar que hay menguados que le niegan las credenciales de poeta!



Alberuela, 25 de mayo de 1972.

JORGE LUIS BORGES. Nació en Buenos Aires en 1899. Bilingüe por influencia de su abuela paterna, de origen inglés, aprendió a leer en este idioma antes que en castellano, hecho capital en el desarrollo de su escritura. En 1914 se instala con su familia en Ginebra, ciudad en la que cursa el bachillerato. Pronto comienza a publicar poemas y manifiestos ultraístas en España, donde vive entre 1919 y 1921. A su regreso a Argentina, el redescubrimiento de su ciudad natal lo mueve a urdir versos que reúne en su primer libro, *Fervor de Buenos Aires* (1923). Dentro de su vasta producción cabe citar obras narrativas como *Historia universal de la infamia* (1935), *Ficciones* (1944), *El Aleph* (1949), *El*

informe de Brodie (1970) y *El libro de arena* (1975); ensayos como *Discusión* (1932), *Historia de la eternidad* (1936) y *Otras inquisiciones* (1952); y doce libros de poemas. Recibió numerosas distinciones y premios literarios en todo el mundo, entre los que destaca el Cervantes en 1980. Incontables estudios críticos dan testimonio de este creador extraordinario, traducido y leído en todo el mundo, un autor imprescindible del siglo XX. Falleció en Ginebra en 1986.

ADOLFO BIOY CASARES. Nació en Buenos Aires en 1914. En 1932 conoció a Borges, al que le unieron una afinidad literaria y una amistad poco comunes. Fue un maestro del cuento y de la novela breve. La agudeza de su inteligencia, el tono satírico de su prosa y su imaginación visionaria le permitieron unir la alta literatura con la aceptación popular. La publicación de *La invención de Morel*, en 1940, marcó el verdadero comienzo de su carrera literaria. Le siguieron, entre otros libros, *El sueño de los héroes* (1954), *Diario de la guerra del cerdo* (1969), *Historias fantásticas* (1972) y *Dormir al sol* (1973). En 1990 fue distinguido con el Premio Cervantes. Falleció en Buenos Aires en 1999.

Notas

[1] Advertimos al estudioso que los tres puntos suspensivos fueron incorporados al manuscrito por la Sucesión de Félix Ubalde, que publica estas *Cartas savoyardas*. En cuanto a la verdadera causa del *fait divers*, como dicen en Francia, el velo del misterio la envuelve. (Nota del señor Avelino Alessandri). <<

[2] Mientras nos reponíamos con ensaimadas, Nelly me manifestó* que en ese momento el pobre mufio sacó la lengua de referencia. (Nota donada por el joven Rabasco).

* *A mí me lo dijo antes*. (Nota suplementaria de Nano Battafuoco, peón de la Dirección de Limpieza). <<

[3] El cantor más conocido de aquella temporada. <<

[4] En abril de 1971 apareció, bajo el *nihil obstat* de Harvard, la bien fundada tesis doctoral de Tulio Savastano (h.): *Ruiz, el cantor de las colonias*. (N. del E.) <<

[5] El texto que le llevé fue “El hijo de su amigo”, que el investigador hallará en el *corpus* de este volumen, de venta en las buenas librerías. <<

[6] Lo puso por «franchise». (Nota de H. B. D.) <<

[7] Miro en el diccionario que el montante es un espadón. (Nota de H. B. D.) <<

Table of Contents

Nuevos cuentos de Bustos Domecq

Una amistad hasta la muerte
Más allá del bien y del mal
La fiesta del monstruo
El hijo de su amigo
Penumbra y pompa
Las formas de la gloria
El enemigo número 1 de la censura
La salvación por las obras
Deslindando responsabilidades
Autores
Notas

